

S 2-C-142



ARTICULOS QUE SE PROPONEN
PARA LA CAUSA DE BEATIFICACION Y CANONIZACION
DE LOS SIERVOS DE DIOS

MUY REVERENDO DON JOSE CALASANZ MARQUES

Y OTROS 30 COMPAÑEROS
DE LA CONGREGACION SALESIANA
MUERTOS EN LAS DIOCESIS DE VALENCIA
BARCELONA

TORTOSA Y SOLSONA
DURANTE EL DOMINIO ROJO (1936-1939)
POR SU CONDICION DE SACERDOTES Y DE RELIGIOSOS
EN ODIOS A LA FE
SEGUN ES FAMA GENERAL

Y DE LAS HERMANAS
SOR CARMEN MORENO BENITEZ

Y
SOR AMPARO CARBONELL
DEL INSTITUTO DE LAS HIJAS DE MARIA AUXILIADORA
MUERTAS IGUALMENTE

EN LA DIOCESIS DE BARCELONA
EN ODIOS A LA FE
Y POR SU CONDICION DE RELIGIOSAS
SEGUN ES FAMA GENERAL



LIBRERIA SALESIANA
BARCELONA (8)

BIBLIOTECA SOCIETÀ SALESIANA	
TORINO	
Classe	S. 2
N.	C
Formato	142

1-924



VALENTINA SEU BARCINONEN.

BEATIFICATIONIS SEU DECLARATIONIS MARTYRII SERVORUM DEI

Sacerdotum: Josephi Calasanz Marqués
Antonii Martín Hernández
Recaredi de los Ríos Fabregat
Joannis Martorell Soria
Josephi Otín Aquilué
Juliani Rodríguez Sánchez
Josephi Giménez López
Alvari Sanjuán Canet
Acolyti: Petri Mesonero Rodríguez
Coadjutorum: Jacobi Buch Canals
Augustini García Calvo

In Dioecesi Valentina interfectorum.

Sacerdotum: Francisci Bandrés Sánchez.
Sergii Cid Pazo
Josephi Batalla Parramón
Josephi Bonet Nadal
Julii Junyer Padern
Josephi Castell Camps
Josephi Caselles Moncho
Acolytorum: Felicis Vivet Trabal
Philippi Hernández Martínez
Zaccariae Abadía Buesa
Francisci X. Bordas Piferrer
Coadjutorum: Josephi Rabasa Bentanachs
Angeli Ramos Velázquez
Jacobi Ortiz Alzueta
Antonii Bertrán Font
Aegidii Rodicio Rodicio
Elisei García García
Familiaris: Alexandri Planas Sauri

in Dioecesi Barcinonensi interfectorum.

Sacerdotis: Jacobi Bonet Nadal

in Dioecesi Celsonensi interfecti.

Acolyti: Michaelis Domingo Cendra

in Dioecesi Derthusensi interfecti.

EX SOCIETATE SALESIANA
ET IN DIOECESIBUS VALENTINA, BARCINONENSI
DERTHUSENSI
ATQUE CELSONENSI
IN HISPANIA
ANNIS 1936-1939
ET IN ODIUM FIDEI
UT FERTUR, INTEREMPTORUM
NECNON SORORUM
MARIA A CARMELO MORENO BENITEZ
MARIA A VIRGINE DESERTORUM CARBONELL
EX INSTITUTO FILIARUM MARIAE AUXILIATRICIS
IN DIOECESI BARCINONENSI
ET IN ODIUM FIDEI
UT FERTUR, INTEREMPTORUM

Positiones et Articulos infrascriptos dat, exhibet et producit Reverendissimus Dnus. FRANCISCUS TOMASETTI in Causis Beatificationum et Canonizationum Servorum Dei Societatis Salesianae Postulator Generalis ad edocendum de martyrio et de martyrii Causa, necnon de curriculo vitae dictorum Servorum Dei; et petit illas sive illos ad probandum admitti, necnon testes inducendos super iis vel super aliquo ex iis recipi et examinari, reservata sibi facultate alios quoque articulos si opus fuerit, exhibendi.

Non autem intendit se adstringere ad onus superfluae probationis, de quo solemniter protestatur non modo praemisso, sed et omni alio meliori modo.

Itaque ponit et probare intendit.

CAPÍTULO PRIMERO

DEL NACIMIENTO, PATRIA, EDUCACIÓN, ESTUDIOS, VOCACIÓN RELIGIOSA, CARGOS, VIRTUDES Y MINISTERIOS DE LOS SIERVOS DE DIOS

Muy Rvdo. don JOSÉ CALASANZ MARQUÉS, Sacerdote

1. — Nació en Azanuy, provincia de Huesca y Diócesis de Lérida, el 23 de noviembre de 1872, de los cónyuges Benito y Antonia, y pocos días después recibió las aguas bautismales en la Parroquia de su pueblo natal.

A los once años entró como alumno interno en las Escuelas Salesianas de Barcelona-Sarriá. Dos años más tarde conoció a San Juan Bosco en la visita que el Santo Fundador de los Salesianos hizo a aquellas Escuelas; con lo que su vocación religiosa salesiana quedó consolidada, dando su nombre a la Congregación en 1889, después de su noviciado, durante el cual recibió la sotana salesiana de manos del Siervo de Dios don Felipe Rinaldi, que era su Director. Hizo su profesión perpetua el 1 de septiembre de 1890.

Cinco años más tarde, el 21 de diciembre de 1895, fué ordenado Sacerdote, cabiéndole la honra de ser el primer salesiano español que subía al altar santo. Su actuación sacerdotal, bajo la directa mirada del Siervo de Dios don Felipe Rinaldi, de quien era Secretario, fué siempre ejemplar. Se distinguió en esta época como Maestro de Bachillerato y como apóstol de la pluma en la redacción de la hojita dominical "El Oratorio Festivo".

2. — Cuando fué necesario dar más amplitud e independencia a la sección del Bachillerato, se fundó cerca de Sarriá la Casa llamada "La Esmeralda", cuya dirección le fué confiada al P. Calasanz, que demostró en este cargo un tacto exquisito y una gran madurez de juicio. En 1905 esta Casa fué trasladada a Mataró y el P. Calasanz siguió al frente de la misma durante varios años, hasta que en 1916 los Superiores, en vista de sus extraordinarias dotes de dirección y prudencia, le encargaron la fundación de la Obra Salesiana en Cuba, que se inició con la apertura de la Casa de Camagüey, para difundirse luego por toda la isla, dejando en ella una gran fama de varón apostólico y religioso ejemplar.

En 1923 la Obediencia lo envió a regir la Inspectoría Peruano-Boliviana, cargo que ejerció hasta 1925, en que de nuevo los Superiores le trasladaron a España, en donde se hizo cargo de la Inspectoría Tarraconense, a cuyo frente estuvo once años, mereciendo al término de los mismos la corona del martirio, como justo galardón de una vida toda entregada a la gloria de Dios y a la salvación de las almas.

3. — En cuanto a sus virtudes características, ocupa la primacía la Caridad. En el P. Calasanz descollaba su gran corazón. Todos lo recuerdan con cariño

y todos se creían sus preferidos. Para todos tenía entrañas de Padre amoroso: Procuraba anticiparse a las necesidades de los Hermanos, evitándoles el sonrojo de pedir. Era generoso con los enfermos y delicados de salud, proporcionándoles los cuidados y el clima que exigía su salud, sin reparar en gastos. Era solícito con los forasteros, de cuyo alojamiento se preocupaba personalmente, y si eran extranjeros, los trataba con mayor consideración. Sabía hacerse cargo de las flaquezas humanas y alentar a los débiles.

Su amor a la Congregación y a las Santas Reglas era extraordinario: las sabía de memoria, aplicándolas oportunamente en sus conferencias al personal. Y en estos casos solía hablar con tal vehemencia, que parecía enfadado. Por lo que si alguno le preguntaba por qué se ponía tan caluroso, respondía sonriente: "Es que yo, lo que siento muy hondo, lo digo muy alto."

Su celo en el ministerio sacerdotal se pone de manifiesto, entre otras cosas, en el bien inmenso que hacía en el confesonario, al que acudían desde muy lejos las gentes con el solo objeto de confesarse con él y recibir sus paternales observaciones y atinados consejos.

La pureza se reflejaba en su rostro y en su extremado tacto con las personas de otro sexo, siendo en esto gran imitador de San Juan Bosco, a quien procuraba parecerse en todo, pero especialmente en la virtud predilecta del Santo Fundador. Sus caricias paternales dejaban, en cuantos eran objeto de ellas, una impresión tal de delicadeza y de paternidad, que conmovían profundamente.

Rvdo. don ANTONIO MARTÍN, Sacerdote

4. — Nació en Calzada de Béjar, provincia de Salamanca y Diócesis de Coria, el día 18 de junio de 1885 y fué bautizado el 24 del mismo mes y año en el lugar de su nacimiento, siendo sus padres don Juan Martín Santos y doña Francisca Hernández Manso, recibiendo en las aguas bautismales los nombres de Marcelino, Antonio y Juan.

Fué confirmado el 26 de agosto de 1884 en Calzada de Béjar y a los siete años recibió por vez primera la Sagrada Comunión el día de la Ascensión, de manos de su tío sacerdote, don Fausto.

Desde muy niño sintió gran inclinación a las prácticas de piedad, y sus juegos preferidos eran remedar al sacerdote en la Santa Misa y construir altarcitos. Convivía con su tío sacerdote, quien lo inició en los estudios del Magisterio, y para terminarlos, se trasladó a Salamanca, en donde conoció a los Salesianos, a quienes se aficionó de tal manera, que pidió y obtuvo, una vez terminada la carrera de Maestro, ingresar en el Noviciado de Carabanchel Alto (Madrid).

5. — No fueron pocas ni pequeñas las dificultades que hubo de vencer para seguir su vocación, pero su recia voluntad y su sólida vocación, lo ayudaron a vencerlas, y finalmente pudo dar su nombre a la Congregación, tras su año de noviciado, emitiendo los santos Votos en Carabanchel Alto el 29 de julio de 1913. Después de algún tiempo transcurrido en la Casa de formación de Campello (Alicante) entregado a la formación de los jóvenes aspirantes y a sus estudios de Teología, volvió a Carabanchel, en donde dió cima a sus estudios eclesiásticos, mientras atendía a la asistencia de los novicios y daba clase a los bachilleres de aquel Colegio.

En la Navidad de 1919 celebró su Primera Misa, y a poco era nombrado Catequista de los Estudiantes, en cuyo cargo derrochó toda la abnegación de un padre y las dotes de un educador modelo. Al mismo tiempo impartía clases a los filósofos y continuaba con la asistencia de los novicios.

Al dividirse en dos la Inspectoría, fué trasladado a Sarriá, en donde los Superiores le confiaron el cargo de Maestro de Novicios y Profesor de Pedagogía de los Filósofos. En la formación del joven personal salesiano dejó honda huella e imborrables recuerdos.

En 1928 fué nombrado Director de la Casa de San José (Barcelona), en donde desplegó sus excelentes prendas en el activísimo apostolado entre los alumnos, ex alumnos, Cooperadores y fieles que acudían a nuestra iglesia. Era llamado el segundo don Aime. En el año 1934, terminado su segundo trienio de Director, fué trasladado a Valencia, para dirigir aquella importante Casa. Y en ella le sorprendió la Revolución y el martirio.

6. — Cualidades características de don Antonio Martín fueron, aparte su amor a la formación salesiana de los jóvenes profesores, que guardan de él impecederó recuerdo, su afecto por los niños, a quienes se entregaba por completo. Era además un verdadero apóstol de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, por quien quería —son sus palabras— *ver chiflados a todos*. Igualmente era devotísimo de María Auxiliadora, cuya devoción sabía propagar por todos los medios a su alcance.

Las demás virtudes religiosas y sacerdotales las practicaba con ejemplar observancia, especialmente la caridad, pues estaba dotado de un gran corazón, capaz de comprender todas las debilidades y de ayudar todas las flaquezas.

Rvdo. don RECAREDO DE LOS RÍOS FABREGAT, Sacerdote

7. — Era natural de Bétera, en donde nació el 11 de enero de 1893, y fué bautizado el 22 del mismo mes. Sus cristianos padres, Facundo y Florencia, le proporcionaron una educación profundamente piadosa, y al cumplir los siete años lo llevaron a nuestro Colegio de Valencia, en donde, a pesar de su temprana edad hizo su Primera Comunión con un fervor de serafín. Era el 27 de mayo de 1900.

El Director del Colegio, don Domingo Tovar, que supo apreciar desde muy pronto la delicadeza de aquella alma escogida, fomentó sabiamente la vocación sacerdotal que en ella despuntaba y que se manifestaba sobre todo en el atractivo que sentía por imitar en sus juegos las ceremonias de la Santa Misa, a cuyo fin ahorrraba los cinco céntimos que semanalmente le daban sus padres para comprar pan de hostia. Con esto y con una casulla que él mismo se confeccionaba con unos periódicos, un vasito como cáliz y su catecismo, que le servía de misalito, remedaba con gracia y devoción la Santa Misa, que celebraba sobre la mesita de noche de su humilde dormitorio.

No es de extrañar, pues, que llegado a la edad conveniente, pidiera a su Director le permitiera ir a estudiar Humanidades para prepararse a los estudios sacerdotales. A este fin fué enviado a Sarriá, en donde hizo sus cursos de Latín y luego su noviciado, que coronó con los santos Votos el 18 de marzo de 1909.

8. — Sus estudios de Filosofía los compaginaba con la enseñanza a los alum-

nos del Colegio de Sarriá, y edificaba a sus alumnos por el fervor con que se acercaba a recibir la Sagrada Eucaristía y por el entusiasmo que ponía en fomentar en ellos el amor a María Auxiliadora y al Santísimo Sacramento del Altar.

Pasó luego a Campello a estudiar la Sagrada Teología, mientras atendía a la asistencia a los Aspirantes salesianos y les daba clase, siendo siempre modelo de piedad y de exacto cumplimiento de su deber, hasta el sacrificio. El 29 de junio de 1917 cantó su Primera Misa y fué luego nombrado Consejero Escolástico, y a pesar de su cargo, que le obligaba a exigir la más estricta disciplina, sabía atraerse la confianza de los niños hasta tal punto que eran muchos los que querían confesarse con él, saliendo edificadísimos del confesonario por la unción y caridad que sabía usar en su sagrado ministerio. Lo mismo se puede decir de sus sermones, que eran enternecedores, sobre todo cuando hablaba de la Virgen María o de San José, a quien profesaba ternísima devoción, que sabía inculcar en sus alumnos.

9. — Sus relevantes cualidades le llevaron a la dirección de la Casa de Villena, en donde estuvo hasta el año 1927, entregado de lleno al apostolado entre los niños. A pesar de su cargo, era siempre el primero en la asistencia, consciente de su responsabilidad de custodio de la pureza de sus amados hijos. Esta responsabilidad lo llevaba a pasar horas y horas en el patio polvoriento, en lo más tórrido de la canícula veraniega, aunque no hubiera en el patio más que media docena de niños. Y quien conoce lo que es la asistencia salesiana, sabe lo que significa semejante sacrificio.

Terminado el sexenio en Villena, la Obediencia lo envió a dirigir el Colegio de Alicante, en donde prosiguió su infatigable labor, elevando aquellas Escuelas a su mayor prestigio y esplendor, mientras difundía la devoción a María Auxiliadora, a pesar de la oposición, a menudo violenta, de las sectas que, una vez proclamada la República, eran las que mandaban en Alicante. Al proclamarse en 1931 la segunda República en España, su amado Colegio fué incendiado, dispersos los salesianos y encerrados en la cárcel más tarde. Él, en aquella ocasión, ya probó la copa del martirio, siendo apaleado, abofeteado y arrastrado por las calles de Alicante entre insultos y blasfemias.

10. — Destruído el Colegio, los Superiores lo trasladaron a Valencia, en donde ejerció el cargo de enfermero y Confesor, hasta que le sorprendió el Alzamiento Nacional, que había de proporcionarle la ocasión de su glorioso martirio. Durante este tiempo ejerció la piedad y la humildad acompañadas de la más elevada caridad, edificando a todos los Hermanos con sus virtudes.

Era don Recaredo un hombre equilibrado, ecuánime, de sonrisa perenne y acogedora. Jamás perdía la calma a pesar de las dificultades y de las persecuciones. Este dominio estribaba en su profunda piedad y constante unión con Dios, que se hacía evidente en todas sus cosas: en su modestia, en su compostura, en las frecuentes jaculatorias y en las fervorosas visitas al Santísimo Sacramento, acompañado de grupitos de niños a quienes iniciaba en la piedad. Celebrando la Santa Misa, edificaba a los fieles. Predicando, les encendía los corazones en el amor de Dios. Confesando, les ganaba las conciencias.

Las virtudes religiosas encontraban en él un claro espejo en que se reflejaban. Su pobreza era extremada, sin estar reñida con la mayor pulcritud y limpieza. Tal vez su frugalidad en la comida fuera excesiva, sobre todo si como Superior la imponía a los demás; pero para los enfermos y los huéspedes era una verdadera madre y nada le parecía bastante para ellos.

Su castidad era la de un ángel. Nunca salió de sus labios palabra que no estuviera ajustada a la más severa decencia y modestia cristiana. Ese candor infantil era como una flor delicada que brotaba espontáneamente de su pureza de ángel. Bastaba mirarlo para sentirse atraído a esta virtud. A pesar del amor que sentía por los niños, y precisamente por ello, ¡qué delicadeza en el trato, qué recato en sus manifestaciones de afecto!

Su obediencia era ejemplar. En la persona del Superior veía realmente al representante de Dios, pues a todos obedecía sin reparar en la edad o en los defectos que pudieran tener. En Campello tuvo de Director a un sacerdote alemán, afectado ya de incipiente locura religiosa (más tarde hubo de ser internado en un manicomio) y en su condición de Consejero, hubo de compaginar sus obligaciones disciplinarias con las arbitrarias disposiciones de su Director, sin que jamás exteriorizara su disconformidad o diese motivo a que nadie sospechase jamás la mínima diferencia de criterio entre ambos.

Humilde y sencillo, a pesar de su preclara inteligencia y portentosa memoria, jamás se propasaba a creerse más que los otros. Sus éxitos, tanto en las tablas como en la preparación de festivales y veladas, no le enorgullecían lo más mínimo. Trabajaba siempre por Dios y para su gloria sin que entrase para nada en su actuación el amor propio; aunque a veces, al ser mal interpretadas sus actuaciones, parecía natural que saliera en su defensa, jamás lo quiso hacer, prefiriendo sufrir la incomprensión de algunos. En estas ocasiones solía decir: "Las contrariedades de la vida deben servir para que sepamos trabajar siempre por Dios. ¡Pobre del religioso que trabaja por los hombres! La recompensa hay que esperarla únicamente de Dios, que es quien paga bien y por Él tan sólo hay que trabajar."

11. — Tenía verdaderas ansias de martirio. Ya en Alicante, como hemos referido, hubo de sufrir el mal trato de las turbas que le abofetearon, le golpearon con una barra de hierro en la cabeza, sin que, al decir propio, sintiera nada. Unos le querían quemar en la plaza pública, otros despeñarle desde el Castillo, otros arrojarle al mar... y él, sonriente, imperturbable, como si nada de aquello fuese con él... Llegó a Gobernación con la sotana destrozada, rasgada, mutilada, pero él sonriente y tranquilo, como si viniera de un grato paseo. La copa que el Señor apartó de sus labios en aquella ocasión debería apurarla unos años más tarde hasta las heces.

Rvdo. don JULIAN RODRIGUEZ SANCHEZ, Sacerdote

12. — El Rvdo. don Julián nació en Salamanca, el 16 de octubre de 1896. Sus padres, Julián y Petra, fervorosos cristianos, se apresuraron a hacer bautizar a su hijo en la Parroquia de San Martín, de Salamanca, el 22 del mismo mes. Fué confirmado en la Parroquia de Nuestra Señora del Carmen, Salamanca, el 10 de mayo de 1897.

De pequeño tuvo la suerte de vivir junto a un tío suyo, sacerdote y Párroco del Pizarral (Salamanca), bajo cuya amorosa vigilancia pasó algunos años en el ejercicio de la piedad y el estudio de las primeras letras, hasta que sintiendo florecer en su alma la vocación sacerdotal, se trasladó al Seminario de Salamanca, para proseguir sus estudios. En aquella ciudad tuvo ocasión de conocer a los Salesianos y se enamoró de Don Bosco, por lo que obtuvo permiso para

proseguir sus estudios de Latín en el seminario salesiano de Campello (Alicante).

Dificultades, al parecer insuperables, en sus estudios, le obligaron a abandonarlos temporalmente, pero continuó siempre fiel a su vocación salesiana, como coadjutor, y como tal hizo su noviciado en Carabanchel Alto en el año 1916, profesando el 15 de julio de 1927. Ejerció el oficio de Maestro en Barcelona y en Sarriá durante algunos años, pero siempre conservaba en su corazón el rescoldo de su aspiración al sacerdocio.

13. — Finalmente, y como premio a su constancia y a su piedad, el entonces Inspector y hoy Arzobispo de Valencia Rvdmo. don Marcelino Olaechea, que lo conocía a fondo y adivinaba las grandes dotes de piedad y apostolado que atesoraba aquel corazón le permitió reanudar sus estudios eclesiásticos. Y a costa de grandes sacrificios, pero de una mayor constancia, logró terminar felizmente sus estudios de Filosofía e iniciar los de Teología, para lo cual se trasladó a la Casa de Mataró, en donde, finalmente, pudo tener la inefable dicha de cantar su Primera Misa el 14 de junio de 1930.

Características de don Julián fueron su espíritu profundamente piadoso, la exacta observancia de sus obligaciones religiosas y sacerdotales y una entrega absoluta a su alta misión de educador. Delicado en su trato, amable y servicial, se hacía amar por sus alumnos, que conservan de él los mejores recuerdos. Amaba el esplendor de las funciones sagradas y por ello se encargaba con gusto del clero infantil, que tan atractivas y devotas hace las funciones litúrgicas. La pulcritud de su persona era fiel reflejo de la extremada delicadeza de su alma, que huía instintivamente de cuanto supiese a ordinariéz o grosería.

Poco después era trasladado a la Casa de Valencia, en donde continuó desplegando su celo sacerdotal y pedagógico, hasta que la Revolución roja lo arrancó de su amado Colegio para hacerle sufrir las penalidades de una larga prisión, que terminó con el martirio en la madrugada del 9 de diciembre de 1936.

Rvdo. don JOSÉ GIMÉNEZ LÓPEZ, Sacerdote

14. — Nació en Cartagena, el día 31 de octubre de 1904. Sus padres, José y Fermína, lo llevaron a la pila bautismal el 5 de noviembre, en donde al ser regenerado por las aguas salvadoras, se le impusieron los nombres de José, Antonio, Quintín. Contaba dos años de edad cuando murió su madre y a los cinco quedó completamente desamparado al perder a su padre.

Aunque sus familiares querían dedicarlo a actividades mercantiles, él que aspiraba a otros negocios superiores, pidió autorización para ir a estudiar Latín, y el año 1921 se trasladó a Alicante, en donde frecuentó por algún tiempo nuestras Escuelas, hasta que en septiembre de 1922 pudo iniciar en el próximo Seminario de Campello sus estudios de latinidad.

Terminados felizmente, pasó a Sarriá en julio de 1923, para hacer su noviciado, que coronó con los Santos Votos el 19 de julio de 1925. Hizo sus estudios de Filosofía con notable aprovechamiento y luego pasó a desarrollar sus primeras actividades pedagógicas en la Casa de Alcoy.

Hizo sus estudios teológicos en el Seminario de Carabanchel Alto y por fin vio llegado el cumplimiento de sus santas ambiciones al ser ordenado sacerdote en 1934.

Su ministerio sacerdotal lo ejerció en la Casa de Alcoy, testigo de sus pri-

meras pruebas durante el trienio práctico. Era de carácter alegre, pero intensamente piadoso y ejemplar en todo. Ambicionaba salvar muchas almas y solía decir: "Yo, tan sólo por confesar a los niños, me hubiera hecho sacerdote." Desempeñó a satisfacción de todos el delicado cargo de Catequista, inculcando en las almas de sus alumnos la sólida piedad de que rebosaba su corazón.

Don AGUSTÍN GARCÍA CALVO, Coadjutor

15. — Don Agustín García nació en Santander, el 3 de febrero de 1905. Sus padres fueron Agustín García y Anselma Calvo, piadosos cristianos que dieron a su hijo una esmerada educación, colocándolo en el Colegio Salesiano de aquella ciudad, en donde sintió nacer su vocación sacerdotal.

A fin de llevar a cabo su piadoso anhelo pasó al Seminario de Campello, en donde inició sus estudios de Latín; pero pese a su buena voluntad, su memoria no le respondía, por lo que tuvo que truncar sus estudios eclesiásticos, si bien continuó vivo su deseo de continuar en la Congregación como Hermano Coadjutor.

Como tal hizo su noviciado en Sarriá, emitiendo a su tiempo la profesión religiosa, trienal, el 28 de agosto de 1923. La Casa de Valencia fué el centro de sus actividades, adaptándose a toda clase de trabajos, por penosos y humildes que fuesen.

Virtudes características suyas eran la sencillez y el espíritu de obediencia, junto con una entrega total y entusiasta a los trabajos que los Superiores le encomendaban. Daba las clases con gran celo por el adelanto de sus alumnos. Era un asistente modelo por su asiduidad y sacrificio. Era piadoso y esmerado en el cuidado de la capilla y en procurar el esplendor de las funciones religiosas; constante y entusiasta en preparar con los Antiguos Alumnos las funciones teatrales. En una palabra: desplegaba a la perfección y siempre con la sonrisa en los labios la multiforme actividad salesiana en todos los aspectos.

Rvdo. don JOSÉ OTÍN AQUILUÉ, Sacerdote

16. — Nació el 22 de diciembre de 1901, en Huesca. Sus padres fueron José y Teresa, fervorosos cristianos, que el día 31 del mismo mes bautizaron a su hijo y cuidaron de su cristiana educación, llevándolo al Colegio Salesiano de la misma ciudad, en donde sintió nacer su vocación salesiana y sacerdotal.

Su piedad era profunda y sincera. Ya desde chiquitín no quería perder la Misa diaria que se celebraba en el Colegio, aunque fuera en las frías mañanas del duro invierno de Huesca. Los domingos se abstenía del postre, diciendo a su madre que quería hacer al Señor aquel sacrificio.

Habiendo perdido a su padre, precisamente cuando tenía el decidido propósito de hacerse salesiano, su madre le preguntó qué sería de ella si la abandonaba, a lo que el niño contestó convencido: "Mamá, ya te quedan otros hijos. Yo rogaré por vosotros para que no os falte nada." Lo mismo respondió a su hermana cuando ésta le hacía reflexiones acerca de la falta que haría en casa: "Pilar, me llama Dios Nuestro Señor y hay que obedecerle a Él antes que a los padres."

Se trasladó, pues, a Campello, para iniciar sus estudios de Humanidades, mostrándose siempre humilde, servicial y amable con sus compañeros y Superiores. Las pocas veces que fué a su casa para pasar unos días de vacaciones, procuraba observar el mayor recogimiento, y si venían visitas a casa, él se retiraba a su habitación, dedicándose a orar, y pidiendo a su madre que le excusara ante las visitas.

Hizo su noviciado en Carabanchel Alto, profesando el 15 de julio de 1920 en la Congregación Salesiana, con los votos temporales. A continuación se dedicó a los estudios de Filosofía, terminados los cuales la Obediencia le envió a diversas casas, en donde desplegó su infatigable celo de maestro y educador. Tras los cuatro cursos de Teología que hizo en Campello, alcanzó la sagrada meta del Sacerdocio el 17 de junio de 1928.

Destinado a la Casa de Alcoy, en este campo de acción desplegó sus actividades educativas y sacerdotales, ganándose con su bondad y espíritu de sacrificio el corazón de sus alumnos y Antiguos Alumnos, que le recuerdan con veneración.

Don JAIME BUCH CANALS, Coadjutor

17. — Nació en el pueblecito de Bescanó, próximo a Gerona, el 9 de abril de 1889. Sus padres, Vicente y Mercedes, le proporcionaron esmerada educación religiosa, y al llegar a los catorce años, le colocaron en la Granja Salesiana de la capital, en donde pasó varios años, haciendo el aspirantado, hasta que en 1908 se trasladó a Sarriá para hacer su noviciado, que coronó con los santos Votos en septiembre de 1909.

Fué un verdadero ejemplar de Coadjutor Salesiano piadoso, humilde, trabajador y mortificado, observante riguroso de las Santas Reglas. Desarrolló sus actividades al principio en la Casa de Valencia, en donde daba clases a los niños y estaba encargado de los Antiguos Alumnos. Dejó huellas imborrables de su paso y sabía hacerse respetar y querer de todos.

Al fundarse la Casa de Alicante fué destinado a ella, y no la abandonó hasta que con la proclamación de la República fué destruída e incendiada y dispersados los salesianos. Don Jaime era el alma de la Casa, desplegando una múltiple actividad ya en las clases, ya entre los ex alumnos y oratorianos, siendo siempre el brazo derecho del Director en la administración de la Casa y en las relaciones con los Cooperadores, así como en cualquier otro trabajo delicado o penoso que se le encomendara.

A pesar de sus múltiples ocupaciones, no descuidaba nunca sus prácticas de piedad, siendo puntualísimo en todas las prácticas reglamentarias y fervoroso apóstol del culto de María Auxiliadora, de cuyos triunfos en Alicante era uno de los principales factores.

Cuando en mayo de 1931, a raíz de la proclamación de la República, fué incendiado y saqueado el Colegio, don Jaime tuvo que soportar los golpes y heridas que le infirieron los asaltantes al intentar defender la Casa contra el inicuo atropello. Consecuencia de ello fué que hubo de ser trasladado al Colegio de Valencia, en donde continuó trabajando con celo incansable en infinidad de trabajos y ocupaciones, hasta que sobrevino el Alzamiento Nacional, en que, junto con los demás salesianos residentes en el Colegio, fué detenido y trasladado a la Cárcel Modelo, antesala de su glorioso martirio.

Rvdo. don JUAN MARTORELL SORIA, Sacerdote

18. — Don Juan Martorell nació en Picasent (Valencia), el 1 de septiembre de 1889; sus padres fueron Juan y María. Recibió las aguas bautismales en la Parroquia de su pueblo natal el día 5 del mismo mes y le fué impuesto el nombre de Juan Bautista.

Ya de pequeño demostraba gran afición a la piedad y por este motivo dejó el cultivo de la tierra para entregarse de lleno a satisfacer sus aspiraciones de apostolado, entrando en el Colegio Salesiano de Valencia, en donde se preparó para cursar sus estudios de latinidad. Por su edad, algo mayor que sus compañeros, era a veces objeto de las inconscientes burlas de los mismos, pero él, con santa sencillez, seguía impertérrito en su empeño por alcanzar las cimas del sacerdocio.

En 1913 inició su noviciado en Carabanchel Alto, emitiendo su profesión religiosa el 25 de agosto de 1914. Después desplegó sus actividades pedagógicas en los Colegios de Vigo y de La Coruña, en donde dirigió con gran éxito la Mutualidad Escolar, ganándose la confianza y la simpatía de los dirigentes. En el año 1923 (26 de agosto) alcanzó la meta de sus aspiraciones al ser ordenado Sacerdote. Poco después la Obediencia le enviaba a tierras levantinas, y dejó profunda huella de su paso y de su virtud en las Casas de Campello, Alicante, Ciudadela y Valencia.

19. — Fué en esta última ciudad y al frente de la iglesia de San Antonio Abad en donde desplegó todas sus dotes de Pastor y Padre amoroso de las ovejas que el Señor le confiara. Su labor parroquial hubo de realizarla en tiempos verdaderamente difíciles, en plena República persecutoria, cuando era un delito creer en Dios y tributarle culto externo. Y precisamente por esto se entregó con más ardor al cuidado de su rebaño. Era para todos sus feligreses el Buen Pastor. Todos lo recuerdan con gratitud y cariño. Era particularmente cuidadoso en la catequesis, obra que extendió por su dilatada parroquia, fundando cinco centros de catequesis, que cuidaba con amoroso desvelo.

Su caridad era inagotable, y a través de las Conferencias de San Vicente de Paúl, hacía un bien inmenso y oculto. Visitaba a los enfermos y moribundos, preocupándose por la redención de las ovejas descarriadas, para lo cual trabajaba intensamente y con mucho éxito en el saneamiento moral de las llamadas Casas de recogimiento, que él, con ayuda de algunos bienhechores, procuraba transformar en verdaderos hogares, física y moralmente higiénicos.

No es de extrañar, pues, que los enemigos de Dios y de la Iglesia le distinguieran con su odio, odio que se manifestó en diversas ocasiones, pero que culminó en los detalles de su martirio, que recibió heroicamente a los pocos días de estallar el Movimiento Nacional.

Rvdo. don ALVARO SANJUAN CANET, Sacerdote

20. — Nació de padres profundamente religiosos en Alcozer de Planes (Alicante), el 26 de abril de 1908. Su padre se llamaba Agustín y su madre Teresa.

Ya de pequeñito sentía gran atractivo por las cosas de la iglesia y remedaba en su casa las funciones religiosas, con una formalidad impropia de sus pocos años, ante un grupito de amiguitos a quienes también dirigía hermosas y senti-



das pláticas. No es, pues, de extrañar que bien pronto naciera en su alma el germen de la vocación religiosa y sacerdotal, y a fin de seguirla, ingresó en el Seminario Salesiano de Campello cuando apenas contaba once años de edad.

Hizo sus estudios con notable aprovechamiento y luego inició su noviciado en Sarriá, coronándolo con la profesión religiosa el 19 de julio de 1925. Tras los tres años de prácticas pedagógicas, los Superiores le enviaron al Ateneo Pontificio de Turín, en donde cursó la Sagrada Teología y fué ordenado Sacerdote en junio de 1934.

El mismo año la Obediencia le destinaba a la Casa de Alcoy, en donde por espacio de dos años ejerció su apostolado entre la juventud, ganándose con sus virtudes y su simpatía, y su espíritu de trabajo y generoso desprendimiento, el afecto de los alumnos en el delicado cargo de Consejero Escolástico.

Don PEDRO MESONERO RODRÍGUEZ, Clérigo

21. — Nació en Aldearrodrigo (Salamanca), el 23 de mayo de 1912. Sus padres se llamaban José y Amalia y fué bautizado en dicha Parroquia el 5 de junio del mismo año.

Inició sus estudios de Latín en el Seminario Salesiano de Campello y luego pasó a hacer su noviciado a Gerona, profesando en la Congregación con los votos trienales el 3 de agosto de 1931.

Terminados sus estudios de Filosofía comenzó su trienio práctico en la Casa de Matraó, pasando luego a la de Valencia, en donde le sorprendió el Movimiento Nacional.

Durante su corta vida religiosa hizo acopio de virtud y ciencia, y se distinguió sobre todo por su piedad, sincera y honda. Era muy apreciado por sus alumnos, compañeros y Superiores, que veían en él un espíritu dócil y capaz de moldearse en una santidad sólida, aunque poco aparente.

Mientras se hallaba haciendo los santos Ejercicios Espirituales en Valencia, fué detenido el 21 de julio de 1936 y conducido con los demás Hermanos a la Cárcel Modelo, de donde salió a poco, pero para ser asesinado por los enemigos de Dios, que le dieron inicua muerte por sólo su condición de religioso salesiano.

Rvdo. don FRANCISCO BANDRÉS SANCHEZ, Sacerdote

22. — Nació en Hecho (Huesca) el 24 de abril de 1896. Sus padres se llamaban Pablo Bandrés y Pabla Sánchez. En el Bautismo, que recibió el 4 de mayo, le fueron impuestos los nombres de Fidel Francisco.

A poco de nacer, sus padres se trasladaron a Huesca, en donde Francisco frecuentó las Escuelas Salesianas, naciendo bien pronto en su alma la vocación religiosa. Para conseguir sus aspiraciones hubo de marchar al Seminario de Campello, en donde hizo sus estudios de latinidad, terminados los cuales empezó su año de noviciado en Carabanchel Alto (Madrid) y al término del mismo hizo su primera profesión religiosa el 10 de septiembre de 1913. Después de coronar brillantemente sus estudios de Filosofía, se dedicó ya de lleno a su misión de educador en los Colegios de San José (Barcelona) y Mataró, en donde su carácter serio, pero siempre correcto y amable, le atraía la simpatía y el respeto de sus alumnos.

Fué ordenado Sacerdote en la Santa Cueva de Manresa el día de San Ignacio de 1922, y tras unos años en Mataró, los Superiores le enviaron a las Escuelas de San José, Barcelona, en donde continuó desarrollando sus actividades pedagógicas y musicales, a las que añadió ahora las especiales del santo ministerio sacerdotal.

Los Superiores, observando en él destacadas cualidades de ejemplaridad religiosa y aptitud para cargos delicados, le pusieron en 1927 al frente del Colegio de Mataró, que regentó durante seis años con un tacto y una prudencia extremados, que le acreditaron en el difícil arte de gobernar. Terminado el sexenio fué trasladado a la dirección de las Escuelas Profesionales de Sarriá, en donde tuvo que sufrir las angustias y preocupaciones que los difíciles tiempos de la segunda República iban amontonando sobre los religiosos, empezando por las jornadas revolucionarias de 1934 y culminando con la sangrienta revolución frente-populista de 1936.

Rvdo. don SERGIO CID PAZO, Sacerdote

23. — Había nacido en Allariz (Orense) el 24 de abril de 1884.

Ya desde niño dió extraordinarias muestras de su celo por la salvación de las almas, cuando, en cierta ocasión, a los doce años, por carencia de sacerdote, se aprendió de memoria un sermón sobre la Santísima Virgen y lo pronunció ante los feligreses, admirados, que se sintieron tan conmovidos como orgullosos de su pequeño apóstol.

La Divina Providencia, que tenía sobre él particulares miras, dispuso que pudiera seguir su vocación sacerdotal en el Colegio Salesiano de Sarriá, en donde también hizo su noviciado, que coronó con los santos Votos el 3 de febrero de 1905. Allí celebró su Primera Misa el 21 de diciembre de 1912.

Su vida religiosa fué isempre ejemplarísima, hasta el punto de que todos los que le trataron le consideraban como un verdadero santo. Todos hablaban de él con un respeto rayano en la más profunda veneración y afirman que si no fuera Mártir, debería intentarse su canonización como Confesor, ya que practicó todas las virtudes en un grado eminente.

Casi toda su vida sacerdotal transcurrió en Sarriá y en el desempeño de su cargo de Catequista de los Estudiantes. En esta delicada misión fué un verdadero apóstol. Jamás decía que no al trabajo agotador. Se ofrecía espontáneamente para sustituir en el púlpito a quien no podía acudir a tiempo. Su palabra clara, vibrante, precisa, era un clarinazo en el corazón de los jóvenes que le escuchaban extasiados, y que, al ver que con su vida santa confirmaba la doctrina que exponía con tanta elocuencia, se sentían movidos a la piedad y a la práctica de las virtudes, sobre todo a la devoción a la Santísima Virgen y al cultivo de la santa pureza, que nadie como él sabía presentar bella y atractiva. El Señor premió su vida santa con la muerte gloriosa de los Mártires.

Rvdo. don JOSÉ BATALLA PARRAMÓN, Sacerdote

24. — Nació en Abella (Lérida) el 15 de enero de 1873, de cristianos padres campesinos, que procuraron dar a su hijo una piadosa educación. Inclinado desde

pequeño a las cosas santas, tenía fama entre sus paisanos de santito y en el pueblo le llamaban "José el de los milagros", porque no pocas veces sus oraciones obtenían del Señor curaciones inexplicables.

A los veinte años entró en las Escuelas Salesianas de Sarriá con el decidido propósito de llegar a ser sacerdote salesiano; y, en efecto, después de su noviciado hizo su profesión religiosa la víspera de la Inmaculada del año 1894.

Casi toda su vida salesiana la pasó en Sarriá, dedicado a una labor, al parecer modesta y humilde, cual era la de enfermero. Durante más de treinta años prodigó en esta sacrificada misión sus amorosos desvelos, verdaderamente maternales, entre los salesianos y alumnos.

Ordenado Sacerdote, cantó su Primera Misa el 22 de diciembre de 1900. De don José Batalla hablan con veneración y gratitud cuantos le conocieron y trataron. Su vida sencilla y oculta, encerrada en la Enfermería, era un constante ejemplo de todas las virtudes religiosas y sacerdotales. Ponia especial empeño en que tanto los salesianos, como los niños que acudían a la enfermería, cumplieren con sus deberes de piedad, dirigiendo personalmente la Meditación, la Lectura espiritual y las demás oraciones que prescribe el Reglamento.

Era ejemplar asimismo en la mortificación. Desde hacia tiempo padecía un reuma agudo que sabía disimular heroicamente, sin que se trasluciera al exterior el intenso dolor que le producía, a fin de dar ánimos a los demás. Pasaba muchas noches en vela, acostándose vestido sobre un jergón y con un ojo siempre puesto en el enfermo que requería especiales cuidados, a fin de levantarse inmediatamente a ayudarle al menor movimiento que observara en él. Aunque por su edad y achaques necesitara especiales cuidados, él sabía disimular con su constante alegría y buen humor sus dolencias, de tal modo que todos le creían dotado de una salud envidiable.

Rvdo. don JOSÉ BONET NADAL, Sacerdote

25. — Nació en Santa María de Monmagastrell, provincia de Lérida y Diócesis de Urgel, el 25 de diciembre de 1875. Sus padres, Andrés y Teresa, se apresuraron a regenerarle con las aguas bautismales al día siguiente de su nacimiento, imponiéndole los nombres de José Miguel y Esteban.

Inició sus estudios de Latín con los Padres Escolapios de Tárrega, de donde pasó al Seminario de la Seo de Urgel para cursar la Filosofía. Pero el Señor, que le llamaba a la vida religiosa, le proporcionó la ocasión para ingresar en los Talleres Salesianos de Sarriá, en calidad de aspirante. Hizo su noviciado en San Vicente dels Horts y emitió los Santos Votos perpetuos al terminarlo, el día 14 de noviembre de 1897.

Sus estudios teológicos los hizo en Sevilla, en donde alcanzó la meta del Sacerdocio el 2 de abril de 1904. Revestido de la dignidad sacerdotal, desplegó sus fecundas actividades apostólicas en diversas misiones que le confiaron sus Superiores y puso en ellas todo su celo y pericia, que le acreditaron de gran organizador y hábil sostenedor de obras sociales meritísimas, como por ejemplo, la Caja de Ahorros para obreras, que fundó y dirigió varios años en beneficio de las ex alumnas de las Hijas de María Auxiliadora.

La Obediencia le llevó a la Casa de Ciudadela de Menorca, y de allí pasó a Barcelona (Tibidabo), en donde los Superiores le encargaron de la delicada

tarea de fomentar y promover las vocaciones salesianas, que él sabía buscar, cultivar y conservar como la margarita preciosa del Evangelio. Su vida en esta época es un continuo peregrinar en busca de los medios materiales indispensables para sostener las vocaciones salesianas. Su innegable don de gentes conseguía las limosnas necesarias para alimentar y vestir a gran número de aspirantes que a él, después de Dios, debieron su vocación religiosa.

Los últimos años de su vida los pasó en la Casa de San José (Rocafort), en donde, a más de sus trabajos en favor de las vocaciones, ejercitaba con gran celo y provecho el apostolado sacerdotal, especialmente en el confesonario. Y aquí le sorprendieron los sucesos revolucionarios, que fueron para él la ocasión de coronár con una muerte por Cristo, una vida entregada por completo a su santo servicio.

Rvdo. don JAIME BONET NADAL, Sacerdote

26. — Era natural de Santa María de Monmagastrell, en la provincia de Lérida y Diócesis de Urgel, en donde nació el 4 de agosto de 1884. Sus padres, Antonio y Francisca, le llevaron a la fuente bautismal el día siguiente, en donde le fueron impuestos los nombres de Jaime, Pablo y Calixto.

Siguiendo las huellas de su primo hermano, don José Bonet, inició sus estudios eclesiásticos en el Seminario de la Seo de Urgel; pero luego también le siguió en la vocación religiosa salesiana, para lo cual fué a reunirse con él a Sevilla, en donde continuó sus estudios eclesiásticos, bajo la dirección de su primo, que ya era sacerdote salesiano.

Hizo su noviciado y consiguiente profesión religiosa en Sevilla, el día de la Inmaculada del año 1909. A continuación ejerció el apostolado de la enseñanza en diversas Casas, y finalmente, después de los cursos de Sagrada Teología, que estudió en el Seminario Salesiano de Campello, y en Málaga, fué ordenado Sacerdote por el Cardenal Almaraz en Sevilla el 22 de septiembre de 1917.

De temperamento sencillo, humilde y tranquilo, ponía todo su empeño en cumplir sus obligaciones de Maestro y de Sacerdote celoso en dondequiera que la Obediencia le colocaba. Destinado a las Escuelas de San José (Rocafort), en Barcelona, pasó en ellas sus últimos años, entregado por completo a su doble misión de educador y celoso pastor de almas. Nada relevante se puede decir de don Jaime. Su vida queda sintetizada en la frase de la Imitación: "Ama nesciri et pro nihilo reputari." Dios le escogió para la alta gloria del martirio, con el que coronó una vida religiosa ejemplar, siendo asesinado por su condición de sacerdote salesiano.

Rvdo. don JULIO JUNYER PADERN, Sacerdote

27. — Era natural de Villamaniscle (Gerona), en donde nació el 31 de octubre de 1892. Sus padres se llamaban Juan y Rosa. Fué bautizado en la Parroquia de su pueblo natal el 13 de noviembre.

Muy jovencito ingresó en la Granja Salesiana de Gerona, en donde aprendió las primeras letras, pasando luego a estudiar Latín en el Seminario Salesiano de Campello. Hizo su noviciado en Carabanchel Alto (Madrid) y profesó en la Congregación Salesiana el 31 de julio de 1912.

Sus prácticas pedagógicas las hizo en Baracaldo, y al terminarlas, volvió a Campello, en donde alternaba sus estudios de Teología con la asistencia y la enseñanza a los jóvenes aspirantes salesianos. Debidamente preparado, fué ordenado Sacerdote el 11 de mayo de 1921.

Toda su vida sacerdotal la dedicó a la formación del personal salesiano, ya de los aspirantes, ya de los estudiantes de Filosofía y Novicios, dejando imborrable recuerdo de su criterio justo y extremada bondad en cuantos tuvieron la dicha de tratarle como profesor o como director de su conciencia. Amaba la música, para la que estaba extraordinariamente dotado, pero especialmente cultivaba el canto gregoriano, en el que formó muchas promociones de religiosos, que bajo su dirección aprendieron a conocer y a amar la música sagrada. También cultivaba con éxito la amena literatura, en verso y en prosa. Y de su ágil pluma brotaron varias obritas teatrales y novelitas morales que se leen con deleite y provecho.

En mayo de 1931, a raíz de la implantación de la República y consiguiente saqueo del Seminario de Campello, fué trasladado a la Casa de Gerona, en donde siguió desplegando su infatigable celo sacerdotal en la formación de los novicios y estudiantes de Filosofía, a los que dirigía sabia y prudentemente desde la cátedra y el confesonario.

Rvdo. don JOSÉ CASTELL CAMPS, Sacerdote

28. — Nació en Ciudadela (Menorca) el 12 de octubre de 1901. Sus padres fueron Juan y Coloma, piadosos cristianos que inculcaron en el tierno corazón de su hijo el germen de todas las virtudes, que habían de hacer de él un verdadero santo, en toda la extensión de la palabra, pues no son pocos los que tienen de él esta opinión, aparte su glorioso martirio.

Hizo sus primeros estudios en el Colegio Salesiano de su ciudad natal, dando desde su tierna infancia excelentes muestras de su talento privilegiado y de la nobleza de su alma. Apenas contaba once años cuando consiguió autorización para trasladarse a Campello, a fin de iniciar sus estudios de latinidad. Terminados éstos, pasó a Carabanchel Alto (Madrid), en donde hizo su noviciado, profesando en la Congregación Salesiana el 22 de julio de 1918.

La Casa de Sarriá fué el campo de sus actividades pedagógicas durante el trienio práctico, y entre ellas ponía su mayor interés y cariño en conseguir la mayor brillantez posible en las funciones litúrgicas y en el constante desarrollo y eficacia de las Compañías piadosas. En 1923 volvió a Campello, en cuyo Estudiantado Teológico se preparó para el sacerdocio, coronando con la mayor brillantez sus estudios sagrados y recibiendo la ordenación sacerdotal el 19 de junio de 1927.

Ordenado ya de sacerdote, se dedicó de lleno al sagrado ministerio, en el que cosechó tantísimos frutos, gracias a su sólida preparación teológica y literaria, que le convirtieron en un orador sagrado competentísimo y celoso. Tanto en Campello, en donde desempeñó el cargo de Catequista, como en Sarriá luego, en su calidad de Consejero Escolástico, supo hacerse apreciar de todos por la afabilidad de su carácter y por la solidez de sus virtudes.

En el año 1933 la Obediencia le destinó al Templo del Sagrado Corazón de Jesús, en el Tibidabo, y su profunda piedad tuvo ocasión de desbordarse en sus

maravillosos sermones, impregnados de intenso amor hacia el Corazón Deífico, y en los hermosos artículos con que su ágil pluma enriquecía las páginas de la revista del Templo. La intensa devoción que sentía por María Auxiliadora y por el Sagrado Corazón de Jesús, y que con tanto entusiasmo y fervor sabía inculcar en las almas, iba preparando la suya a mayores ascensiones y purificándola cada día más, hasta hacerla digna de la corona que el Señor le destinaba.

Rvdo. don JOSÉ CASELLES MONCHO, Sacerdote

29.— Nació en Benidoleig, provincia de Alicante, el 8 de agosto de 1907. Sus padres fueron José y Rosario.

A los pocos años se trasladaron a Valencia, en donde José ingresó en el Colegio Salesiano para hacer sus estudios elementales, que luego continuó con las Humanidades, ya que sentía fuerte inclinación hacia la vida religiosa salesiana. Terminados en Campello sus cursos de latinidad, fué a Sarriá a hacer su noviciado, que coronó con los santos Votos el 5 de agosto de 1927.

Allí mismo cursó los estudios de Filosofía y la misma Casa de Sarriá fué el teatro de sus primeras experiencias como maestro, mostrándose, a decir de cuantos le conocieron en aquella época, siempre amable, servicial y caritativo. Fiel al cumplimiento de sus deberes, sabía sacrificarse por sus niños, manteniéndose siempre fiel al Sistema Preventivo de Don Bosco.

En Carabanchel Alto se dedicó con asiduidad y provecho al estudio de la Sagrada Teología, mientras procuraba adelantar más y más en su perfección religiosa, y una vez ordenado Sacerdote, en el verano de 1935, los Superiores le enviaron a pasar una temporada de reposo en el Tibidabo, hasta que el nuevo curso le deparase el campo de su misión sacerdotal.

Don FÉLIX VIVET TRABAL, Estudiante de Teología

30.— Nació el 23 de enero de 1911 en San Feliu de Torelló (Barcelona), hijo de los padres Juan y María, que poco después se trasladaron a Barcelona, en donde Félix ingresó, para cursar sus estudios elementales, en las Escuelas Salesianas de la calle Rocafort.

A los doce años se trasladó a Campello, en donde hizo con gran provecho los estudios de Latín, hasta que en el año 1927 pasó a Sarriá para hacer su noviciado, que terminó santamente con los Votos trienales el 6 de agosto de 1928.

En la ciudad de Gerona, adonde se trasladó el Estudiantado de Filosofía, cursó estas disciplinas, siendo luego enviado a Alcoy para hacer su trienio práctico, que realizó con gran provecho de sus alumnos, que guardan de él muy grato recuerdo. Allí le cogieron los sucesos de la implantación de la República y quema de conventos, y sus sentimientos a este respecto quedan reflejados en un escrito que dejó al dorso de una de sus fotografías. Como si presintiese su glorioso fin, decía en él: "Del clamor de la ira encendida y de la humareda sacrilega de nuestros altares, somos también víctimas vuestros humildes servidores. Gracias, Señor; no merecíamos tanto. Os adoramos, servimos y alabamos..."

Llegado el momento de comenzar sus estudios teológicos los Superiores, apreciando sus raras dotes de piedad e ingenio, le enviaron a la Universidad

Gregoriana de Roma, en 1934. Aquí se destacó entre sus compañeros por su preclara inteligencia, puesta al servicio de una voluntad enérgica, dedicada por completo a su formación sacerdotal.

Don MIGUEL DOMINGO CENDRA, Estudiante de Teología

31. — Había nacido en Caseras, provincia de Tarragona y Diócesis de Tortosa, el 1 de marzo de 1909, de los consortes José María y Eugenia, que, piadosos cristianos, llevaron a regenerar a su hijo en la fuente bautismal el día 11 del mismo mes, imponiéndole el nombre de Miguel.

Hizo sus primeros estudios en las Escuelas Salesianas de Rocafort (Barcelona), en donde floreció su vocación religiosa y salesiana, y a fin de seguirla se trasladó al Seminario de Campello, en donde se dedicó a los estudios de Humanidades, terminados los cuales pasó a Sarriá, en donde hizo su Noviciado, que coronó con los santos Votos trienales el 6 de agosto de 1928.

Terminados sus estudios de Filosofía, la Obediencia le destinó al Colegio de Mataró, en donde durante tres años trabajó con gran celo y competencia en la educación de los niños confiados a sus cuidados, derrochando en su misión toda la bondad de su corazón y las relevantes dotes de hábil pedagogo.

Terminado el trienio práctico, los Superiores le enviaron a Carabanchel Alto a iniciar sus estudios de Teología en aquel Seminario Salesiano. Llegadas las vacaciones del segundo curso, volvió a Sarriá para que el señor Inspector le designase la Casa en donde debía pasar las vacaciones veraniegas y allí le sorprendió el Movimiento Nacional.

Don FELIPE HERNANDEZ MARTÍNEZ, Estudiante de Teología

32. — Era natural de Villena (Alicante), en donde nació el 14 de marzo de 1913. Sus padres, Gaspar y Juana, le procuraron educación religiosa en el Colegio Salesiano de su ciudad natal, en donde al mismo tiempo cursó sus estudios elementales. Mientras tanto en su corazón puro y sencillo germinaba la vocación sacerdotal y religiosa, que cultivada amorosamente por su Director y luego Mártir de Cristo, don Recaredo de los Ríos, se fué desarrollando hasta conseguir de sus padres su traslado a Campello, en donde inició sus estudios de latinidad.

En el año 1929 hizo su noviciado en Gerona y el 1 de agosto de 1930 emitió los Votos temporales, consagrándose a Jesucristo en la Congregación Salesiana. En la misma Casa de Gerona continuó sus estudios de Filosofía, terminados los cuales comenzó el trienio práctico en la Casa de Ciudadela, en donde dejó gratisimo recuerdo en cuantos tuvieron la dicha de tratarle. Alegre, piadoso, puro, era un religioso ejemplar. Por eso muchos de los que le trataron íntimamente le creyeron predestinado a ser santo y no se extrañaron de su glorioso fin al entregar su vida por Jesucristo.

Terminado el trienio, marchó en octubre de 1933 a Carabanchel Alto para comenzar sus estudios de Teología. En el verano de 1936 fué a pasar las vacaciones a la Casa de Sarriá, en donde le sorprendieron los sucesos revolucionarios.

Don ZACARÍAS ABADÍA BUESA, Clérigo trienal

33. — Era natural de Almuniente (Huesca), en donde había nacido el 5 de noviembre de 1918. Sus padres, Gaspar y Juana, le llevaron a la pila bautismal el día 11.

A los nueve años ingresó en el Colegio Salesiano de Huesca, hasta que llamado por Dios a la vida religiosa y siguiendo los pasos de su hermano don Federico, cursó los estudios de latinidad en Campello y luego hizo su Noviciado en Gerona, profesando en la Congregación Salesiana el 1 de agosto de 1930.

Terminados los estudios de Filosofía, hizo su trienio práctico en la Casa de Sarriá, destacándose por sus relevantes dotes literarias y pedagógicas, así como por su espíritu de piedad y de trabajo.

Sentía especial inclinación por las Bellas Letras y con preferencia describía escenas de martirio y parece que el Señor le preparaba al mismo, según los nobilísimos sentimientos que sabía expresar con tanta perfección. Al estallar la Revolución fué expulsado, con los otros Salesianos, de su amado Colegio, y en compañía de su hermano don Federico, fué detenido por una de las patrullas, que los condujo a los calabozos de la Jefatura de Policía, en donde estuvieron encerrados una semana. Al salir de allí don Federico logró encontrar un refugio provisional, pero Zacarías, con el deseo de ponerse en relación con sus compañeros, fué a visitar a dos de éstos y durante la visita todos cayeron en las garras de los esbirros rojos, que les dieron cruel martirio el día 27 de julio.

Don JAVIER BORDAS PIFERRER, Estudiante de Filosofía

34. — Era natural de San Pol de Mar (Barcelona), en donde nació el 24 de septiembre de 1914, de los cristianísimos y ejemplares consortes Mariano y Ana, que se apresuraron a enviar a su hijo al Colegio Salesiano de Mataró, cuando apenas contaba seis años de edad.

No es de extrañar que se sintiese atraído por la vida salesiana y obtuvo de sus piadosos padres el permiso para cursar los estudios de Latín y más tarde para ingresar en el Noviciado de Gerona, en donde se ligó a la Congregación con los santos Votos en octubre de 1932.

Los Superiores, que descubrieron en él un ingenio despierto y un talento nada común, decidieron enviarlo a Roma para que en la Universidad Gregoriana cursara los estudios de Filosofía.

En julio de 1936, apenas terminado el curso en Roma, vino a España, por indicación de los Superiores, para gozar de un merecido descanso; pero precisamente su llegada a la Patria coincidió con el Alzamiento, ya que el 17 de julio se presentaba en Sarriá, junto con otros compañeros de estudios que también regresaban de Italia.

Don JOSÉ RABASA BENTANACHS, Coadjutor

35. — Era natural de Noves de Segre (Lérida), Diócesis de Urgel, y nació el 26 de julio de 1862. Sus padres se llamaban Antonio y María y en temprana edad quedó huérfano, teniendo que trabajar para ganarse el sustento.

Una buena señora, piadosa y caritativa, se encargó de él y por su mediación ingresó en nuestras Escuelas de Sarriá, en calidad de pinche de cocina; pero su alma sencilla y naturalmente piadosa, en contacto con el ambiente de fervor y trabajo que había dejado como huella indeleble de su paso la presencia personal de San Juan Bosco, sintió brotar la semilla de su vocación religiosa y salesiana; por lo que después de un breve período de aspirantado, hizo su noviciado, profesando en la Congregación la víspera de la Inmaculada del año 1892.

El ejemplar don José supo adaptarse, dentro de su humilde profesión de cocinero, al espíritu salesiano de tal modo, que ayudado por la divina gracia, alcanzó una elevada perfección religiosa, que era el motivo de edificación y estímulo para cuantos le conocían.

Se preocupaba intensamente por la formación espiritual de los criados que tenía a sus órdenes, a los que invitaba a rezar todas las noches las oraciones y el Santo Rosario, dándoles luego atinados consejos. Durante el día estaba continuamente ocupado, pero durante sus trabajos se le veía siempre con los labios en movimiento; era que a media voz no dejaba de decir jaculatorias y oraciones.

Cuando menguaron sus fuerzas, a causa de la edad, pidió trabajar en una Casa de menos responsabilidad que Sarriá y fué trasladado a Villena, en donde durante varios años ejerció su humilde oficio a la perfección y con gran satisfacción de todos, a pesar de la constante penuria en que se debatía la Casa.

Finalmente, cuando ya ni este pequeño trabajo pudo realizar, volvió a Sarriá, en donde transcurrieron sus últimos años entre la oración asidua y la asistencia a la cocina, en donde tenía especial interés en hacer que los empleados rezasen el Santo Rosario y oyesen sus paternales amonestaciones y consejos.

Don ANGEL RAMOS VELAZQUEZ, Coadjutor

36. — Nació en Sevilla el 9 de marzo de 1876. Sus padres fueron Casto y Mariana, que le proporcionaron cristiana educación.

En el año 1891 fué con una peregrinación española a Roma a postrarse a los pies del Padre Santo, y de vuelta, al pasar por Barcelona, los peregrinos se entretuvieron para visitar las Escuelas Salesianas de Sarriá, que aun conservaban el suave recuerdo de la presencia personal de su Fundador, San Juan Bosco. Ángel, que apenas contaba quince años, quedó cautivado por el ambiente de piedad que se cultivaba en la Casa, y dulcemente atraído por la paternal bondad del Director de la misma, el Siervo de Dios don Felipe Rinaldi. Por eso no es de extrañar que poco tiempo después, dando un generoso adiós al mundo, llamase a las puertas de las Escuelas de Sarriá pidiendo ingresar como aspirante a fin de consagrarse a Dios en la Congregación Salesiana.

Fué aceptado, y después de un breve período de aspirantado, inició el año de noviciado, que coronó con la profesión religiosa el 23 de agosto de 1897. Dotado de relevantes aptitudes para la pintura, ingresó en la escuela de Decoración, en donde hizo rápidos progresos, llegando a ser el Maestro de taller y formando en su escuela a multitud de cristianos artistas. Además ejercía el apostolado del teatro, poniendo su esfuerzo y sus grandes dotes artísticas al servicio del mismo para distraer honestamente a los niños en las veladas y fiestas familiares.

Su vida fué siempre un modelo para todos: humilde, activo, sacrificado, se hacía agradable y simpático a todos, hasta tal punto, que muchos le tenían como consejero en sus dificultades y él con humildad y sencillez resolvía situaciones delicadas y ayudaba siempre a los Hermanos.

Don ANTONIO BERTRAN FONT, Coadjutor

37.— Había nacido en Aguiló, provincia de Tarragona, el 18 de noviembre de 1877. Sus padres se llamaron Magín y Francisca. Pasó sus primeros años en su pueblo natal, ayudando a sus padres en el cultivo de la tierra.

Contaba veinte años de edad, cuando la necesidad de trabajo le llevó a Barcelona y providencialmente llamó a las puertas de las Escuelas Salesianas, en donde fué admitido como criado; pero al poco tiempo prefirió continuar prestando sus servicios por una recompensa mucho más elevada y solicitó de los Superiores ser admitido como aspirante salesiano.

Habiendo hecho en Sarriá su noviciado, ingresó en la Congregación, mediante los Santos Votos, el 28 de septiembre de 1904, confirmando su irrevocable decisión de permanecer unido a Don Bosco durante toda su vida, con la profesión perpetua, que emitió en 1907.

Su campo de trabajo fué siempre la cocina de Sarriá, que por ser una casa grande exigía un trabajo constante y agotador, trabajo que no llegan a apreciar debidamente los hombres, pero que Dios sopesa y recompensa debidamente. Era don Antonio un hombre sencillo, afable, alegre y sabía comunicar estas cualidades a cuantos le trataban y de alguna manera dependían de él.

Todos los días, muy de mañana, salía a la compra y en medio del trajín del mercado, tratando con toda clase de personas, no muy ejemplares por cierto, y llevando consigo grandes cantidades para pagar a los proveedores, siempre mantuvo su espíritu religioso y se hacía respetar de todos, al par que administraba con escrupulosidad las cantidades que le confiaban los Superiores.

Don GIL RODICIO RODICIO, Coadjutor

38.— Había nacido en Requejo (Orense) el 20 de marzo de 1888, de los ejemplares consortes Benito y Concepción, que le proporcionaron una esmerada educación religiosa, por lo que no es de extrañar que sintiera vocación hacia el estado religioso. Fué bautizado el día 21.

Habiéndose trasladado a Barcelona, entró en el Colegio de Sarriá, como aspirante salesiano, y en 1907 inició su noviciado, que coronó con los santos Votos el 31 de agosto de 1908, emitiendo la profesión perpetua el 8 de agosto de 1914.

Característica suya era una sencillez que bien puede calificarse de evangélica, pues al decir de los que le trataron, había sabido asimilarse la santa infancia espiritual, en la que tanto insistía su Padre Maestro, el gran forjador de almas don Antonio Balzario.

La Obediencia le llevó a distintas ocupaciones en varias Casas de la Inspectoría, hasta que a partir de 1921, quedóse definitivamente en Sarriá, encargado del horno y panadería, trabajo al que dedicó veinticinco años de incesante, sacrificada y benemérita labor.

Su penoso trabajo no era óbice a que se prestara voluntaria y generosamente a la asistencia de los niños en los patios y en el dormitorio, y esto, unido a su trato amable y caritativo con todos, le granjeaba generales simpatías. Era el salesiano observante y desprendido, dispuesto siempre al sacrificio personal. Y los Hermanos le apreciaban por su sencillez y afabilidad constante.

Don JAIME ORTIZ ALZUETA, Coadjutor

39. — En la ciudad de Pamplona vió la luz primera este ejemplar religioso salesiano. Era hijo de C. Zósimo Ortiz y doña Celestina Alzueta, cristianísimos padres de una numerosa familia de dieciséis hijos, de los cuales sobrevivieron ocho y de estos ocho ofrecieron cuatro al servicio del Señor: tres, religiosas Siervas de María, y nuestro Jaime, que había nacido el 24 de mayo de 1913 y fué bautizado al día siguiente, imponiéndosele los nombres de Manahen, Jaime.

A los doce años ingresó en el Colegio Salesiano de Pamplona, de donde salió dos años después para ponerse a trabajar en un taller de mecánica, pero al darse cuenta de los peligros que encontraba su alma en ambiente tal y sobre todo al ver cómo muchos de sus compañeros se corrompían perdiendo la fe y las buenas costumbres, volvió al Colegio, pidiendo ser admitido como aspirante a salesiano, pues quería salvar su alma y al mismo tiempo ayudar a otros jovencitos a salvar la suya en los talleres salesianos, evitando así el duro aprendizaje en condiciones peligrosas para su virtud.

El 8 de agosto de 1931 se trasladó a Girona para comenzar su noviciado, que hizo con gran fervor y total entrega al Señor, emitiendo los Santos Votos trienales el 15 de agosto de 1932.

Poco después la Obediencia le enviaba a completar su perfeccionamiento religioso y profesional a la Casa de S. Benigno Canavese, cerca de Turín, y allí, junto a la cuna de la Congregación, su alma realizó grandes progresos en el camino de la santidad. Tuvo ocasión de asistir en Roma a las ceremonias de la Canonización de San Juan Bosco y a las que con el mismo motivo se realizaron poco después en Turín. De todo ello se aprovechó el buen Jaime para sublimar su amor a la vocación salesiana y para acrecer en su alma el deseo de hacerse un verdadero santo.

Vuelto a España fué destinado a las Escuelas Profesionales de Sarriá, en calidad de Maestro de Mecánica y Asistente de los Artesanos. Aunque muy joven, desplegó un celo ejemplar, especialmente en la asidua asistencia a sus alumnos. Los domingos y días festivos, en vez de tomarse un necesario y merecido descanso, gozaba en poder sacrificarse por los niños del Oratorio Festivo de Badalona.

Don ELISEO GARCÍA GARCÍA, Coadjutor

40. — Había nacido en El Manzano, provincia de Salamanca, el 25 de agosto de 1907. Dos días después, el 27, sus cristianos padres, Tristán y Emérita, se apresuraron a llevarle a las aguas regeneradoras del santo Bautismo. Fué confirmado el 5 de abril de 1917, en la misma parroquia.

Conoció a los Salesianos siendo ya adulto y se trasladó a Campello para

hacer el aspirantado. Allí le sorprendieron los sucesos de la proclamación de la República y a consecuencia del asalto e incendio del Colegio tuvo que abandonarlo y trasladarse a Alicante, en donde las turbas le detuvieron por sospechar su condición de religioso. Aunque todavía no lo era, ya hubo de sufrir las cárceles por Cristo. En 1932 hizo en Gerona su primera profesión religiosa y luego la Obediencia le envió a la Casa de Aspirantes de San Vicente dels Horts, cerca de Barcelona, en donde desempeñaba su oficio de hortelano, dando al mismo tiempo ejemplo de todas las virtudes religiosas.

En esta Casa le sorprendió el Alzamiento Nacional, y aprovechando la relativa calma en que los dejaba el Comité local, se mantuvo al cuidado de un grupito de aspirantes, hasta que la Providencia, en sus inescrutables designios, le eligió como Mártir de Cristo, en compañía de don Alejandro Planas.

Don ALEJANDRO PLANAS SAURÍ, familiar

41. — Nació en la ciudad de Mataró el día 31 de octubre de 1878, siendo bautizado en la parroquia de San Juan y San José de dicha ciudad el 6 de noviembre siguiente con los nombres de de Alejandro, José y Juan. Sus padres, José y María de las Nieves, modestos industriales, le dieron una esmerada educación religiosa y el niño creció piadoso y bueno, sintiendo nacer la inclinación por el estado religioso.

A este fin pidió el ingreso en la Congregación Salesiana, pero a causa de su intensa sordera no pudo ser recibido como religioso, aunque él ya no abandonó la Casa Salesiana, viviendo siempre como salesiano, hasta el punto que hizo particularmente los votos religiosos y actuó siempre como un verdadero profeso.

Durante largos años permaneció en la Casa de San Vicente dels Horts, de la que fué el verdadero ángel tutelar, conservando no sólo la propiedad de la misma, cuando los Salesianos tuvieron que abandonarla, sino, lo que es más importante, el espíritu y el buen recuerdo de los Salesianos en la población. Durante la ausencia de los Salesianos, él fundó y mantuvo un floreciente Oratorio Festivo, al que dedicaba todas sus energías, haciendo un gran bien a la niñez y a la juventud de la localidad.

42. — Por otra parte, era el paño de lágrimas de cuantos a él acudían en demanda de ayuda, sea material o moral. Una de las mayores alegrías de su vida la constituyó la vuelta de los Salesianos a San Vicente, a raíz de la destrucción de la casa de formación de Campello. Se apresuró a poner a disposición de los Salesianos sus ahorros, conseguidos a fuerza de trabajos y privaciones, y continuó desempeñando los más varios y humildes menesteres.

Durante estos largos años de soledad se dedicó a su arte de escultor, ejecutando hermosos grupos de tema religioso, con los que hermosó las dependencias de la Casa y que eran la admiración de cuantos los contemplaban.

Si bien practicó todas las virtudes en grado eminente, con la sencillez de un santo medieval, con todo su característica fué la caridad, en su doble aspecto de amor a Dios y amor al prójimo, hasta el punto de que era tenido en toda la comarca en opinión de santo.

Era ejemplarísimo en el cumplimiento de sus deberes religiosos, haciendo diariamente su Meditación, oyendo la Santa Misa y comulgando con la devoción de un serafín. Jamás dejaba el santo rosario, que rezaba en plena calle, durante

los viajes y siempre que tenía un momento libre. El Vía crucis era para él una de las prácticas más consoladoras.

En cuanto a su caridad para con el prójimo era proverbial su amor a los pobres, prestándose generosamente a asistir a los enfermos y moribundos, y a amortajar a los muertos, especialmente los más pobres, poniendo especial empeño en que no muriera nadie sin recibir los Santos Sacramentos, a lo que le ayudaba el gran ascendiente que le había granjeado su ilimitada caridad.

Jamás se le vió en la iglesia en otra posición que no fuera de rodillas. Dormía sobre una tabla y en invierno iba con muy poca ropa, viéndosele siempre sobre el pecho un gran crucifijo, cuya cadena le dejaba profundas huellas en las carnes.

LAS HIJAS DE MARIA AUXILIADORA

SOR CARMEN MORENO BENITEZ

42 bis. — Sor Carmen Moreno Benítez nació en Villamartín, provincia de Cádiz, el 24 de agosto de 1885, en el seno de una familia profundamente cristiana, que inculcó en el alma de Carmen todas las virtudes, especialmente la sólida piedad que había de conducirla más tarde al servicio del Señor en el seno del Instituto de las Hijas de María Auxiliadora.

Educada en el Colegio de las Salesianas de Sevilla, sintió nacer en su pecho el deseo de entregarse totalmente a Dios, y a fuerza de oración y perseverancia, logró de su madre el ansiado permiso para ingresar en el Instituto de las Hijas de María Auxiliadora, en el que ya había profesado otra hermana suya.

El 23 de agosto de 1906 recibía el santo hábito y comenzaba su vida de perfección religiosa, haciendo santamente su noviciado y profesando finalmente el día 22 de noviembre de 1908.

En la Escuela Normal de Sevilla se capacitó para su futura misión de educadora, mientras ejercía entre sus compañeras de estudios un eficaz apostolado.

En 20 de septiembre de 1914 hizo sus votos perpetuos y con ello aumentó, en lo posible, sus ansias de perfección religiosa, que se manifestaban sobre todo en la exacta puntualidad en todas sus obligaciones y en una caridad sin límites hacia las Hermanas y las niñas confiadas a sus cuidados.

En 1924 la Obediencia la trasladó a la Casa Inspectorial de Sarriá, en donde se preparó para su futura misión de Superiora, pues por sus dotes relevantes de prudencia y de piedad, fué nombrada Directora de la Casa de Valverde, cargo que desempeñó durante cerca de diez años. Terminada su misión en Valverde fué trasladada a regir la Casa de Jerez, pero a poco la Obediencia la llamaba de nuevo a Sarriá para ejercer el cargo de Vicaria Inspectorial, en cuyo desempeño la sorprendió la Revolución roja, que había de hacer de ella una Mártir abnegada de Cristo Jesús.

SOR AMPARO CARBONELL MUÑOZ

42 ter. — Sor Amparo Carbonell nació en Alboraya, provincia de Valencia, el día 9 de noviembre de 1893.

Hija de humildes campesinos, sintió desde pequeña gran inclinación a la

piedad, que la ayudó no poco en las dificultades que hubo de vencer a causa de la aversión de una de sus hermanas mayores; pero Amparo, siempre dócil y humilde, sabía soportar todas las humillaciones con espíritu resignado, gracias a la bondad de su corazón y a su admirable constancia.

Habiendo conocido a las Hijas de María Auxiliadora de Valencia, procuraba frecuentar el colegio, deteniéndose largos ratos en la capilla; y el contacto frecuente con las religiosas, hizo nacer en su alma el deseo de consagrarse también ella a Dios; y aunque comprendía que su carencia de estudios era un fuerte obstáculo, con todo, ofreció todo lo que tenía: su buena voluntad, su deseo de santificarse y su entrega total al trabajo que quisieran confiarle, por duro y humilde que fuese.

Después de vencer serios obstáculos que le venían de todas partes y con los cuales quiso el Señor probar el temple de su alma generosa, logró por fin ingresar como postulante en Sarriá el 31 de enero de 1921.

Ya en la Casa del Señor, la nueva postulante y después fervorosa novicia, siguió siendo la flor humilde y escondida, pero de purísimo aroma, que complacía al Señor, el cual la escogió para Sí, destinándola a la gloriosa corona del martirio.

Después de pronunciar los Santos Votos el 5 de agosto de 1923, tuvo que sufrir una gravísima enfermedad, que minó su robusta fibra, pero que no disminuyó en lo más mínimo su entrega total y absoluta al trabajo que la Obediencia le había asignado.

En 1929 tuvo el consuelo de consagrarse a Dios con los Votos perpetuos, consuelo que tuvo como contrapartida la muerte de su amado padre, a quien asistió en los últimos momentos con santa abnegación y piedad filial.

A consecuencia de los sucesos revolucionarios de mayo de 1931 hubo de volver por algún tiempo al seno de su familia, en donde el Señor la probó con gravísimas dificultades, pero todas fueron superadas por el recio temple de su alma y por su amor inquebrantable a su vocación.

Vuelta a Sarriá continuó su humilde vida de trabajo, hasta que el Señor quiso premiarla debidamente con juntar a su palma de virgen la corona de Mártir.

CAPÍTULO II

LA CAUSA DEL MARTIRIO POR PARTE DE LOS PERSEGUIDORES, O SEA POR ODIO A LA FE

43. — Es de sobra conocido que la llamada Guerra Civil Española, de los años 1936 al 1939, fué una verdadera y propia persecución religiosa. Es igualmente cierto que esta persecución religiosa en España fué preparada y sostenida por el marxismo ruso, que fué su promotor e instigador incansable en completa conjura con todos los partidos de extrema izquierda, a saber: el Comunismo propiamente dicho, el Socialismo, el Sindicalismo, el Anarquismo y la Masonería. Es igualmente cierto y sabido que el Comunismo se infiltra en todos los organismos sociales y una vez en el poder, tiene por mira principal perseguir a la Iglesia Católica. Méjico, España, Yugoeslavia, Polonia, Hungría y China son testimonios evidentes en este sentido. Después la misma Rusia Soviética, mediante una propaganda de prensa, la más cínica, calumniosa e inmoral y por otros medios, realiza desde hace años una guerra sin cuartel contra Dios y contra la Iglesia Católica, siguiendo las normas de Marx, que definía: “La lucha contra la Religión es, indirectamente, la lucha contra ese mundo cuyo aroma espiritual es la Religión.” Y en 1869 precisó más: “La lucha contra los sacerdotes debe desarrollarse, sobre todo, en los países católicos.” Antes había ya dicho: “Las armas de la crítica no deben sustituir a la crítica eficaz de las armas.”

44. — El 14 de abril de 1931 fué abolida en España de Monarquía y se constituyó un Gobierno republicano, astutamente antirreligioso. Los ministros del nuevo Gobierno eran casi todos de extrema izquierda. Lo confesaban abiertamente y no dudaban en azuzar a las turbas contra la Iglesia Católica.

Apenas llevaba un mes de vida el nuevo Gobierno republicano, cuando el 11 de mayo de 1931 los comunistas incendiaron muchas iglesias y Casas religiosas en Madrid, Valencia, Alicante, Málaga, Sevilla, Córdoba, Cádiz y en otras ciudades y pueblos. Ante tan bochornosas y trágicas escenas, las autoridades observaron una cínica pasividad; dejaron hacer. Es más; prohibieron que se apagaran los incendios y se repararan las ruinas provocadas. Los periódicos del Gobierno aprobaron lo realizado por los incendiarios con frases excitantes y calumniosas contra las Casas religiosas y contra la Iglesia.

45. — Poco después, el 24 de mayo de 1931, entraba en España un tal Hans Meins para fundar la “Liga Anticlerical Revolucionaria”, filial de la “Internacional de Librepensadores Revolucionarios”, de Moscú. El programa impuesto por el fundador a la española, no podía ser más completo ni más diabólico para preparar la persecución violenta contra la Iglesia Católica. He aquí los puntos principales del mismo: a) Separación de la Iglesia y del Estado. b) Expropia-

ción, sin indemnización, de todo cuanto poseen las iglesias y las Órdenes Religiosas. c) Reparto gratuito de las fincas clericales a los campesinos y labradores. d) Construir, con los bienes confiscados a la Iglesia, un fondo de subvención para obreros parados, inválidos o enfermos. e) Disolución y destierro de los Jesuitas y demás religiosos. f) Separar completamente a la Iglesia de la Escuela. g) Incorporar la lucha anticlerical en la lucha de clases de los trabajadores de España. h) Propaganda de un ateísmo consecuente. i) Creación de escuelas marxistas para los trabajadores. j) Organización de mítines revolucionarios y anticlericales entre los trabajadores, campesinos e intelectuales de toda España.

Como puede verse, estos principios fueron los que inspiraron la Constitución sectaria del año 1931. (Véase art.º 49.)

46. — Siguiendo e ilustrando estos puntos tan abiertamente contrarios a la Iglesia Católica, a los religiosos y al mismo Dios, surgieron en España diversas casas editoras que, al servicio del Partido Comunista, publicaron artículos y folletos de autores rusos, desde Marx a Stalin, desde Korolenko a Trotski, esparciendo por doquier su veneno mortal. Baste recordar las Editoriales Bergua, la Dédalo, la Edella, la Internacional y las Ediciones "España y América", domiciliadas en Barcelona y subvencionadas con 200.000 pesetas por los Soviets.

Al mismo tiempo se empezaron a publicar periódicos y diarios ilustrados que rezumaban odio contra Dios, Jesucristo, el Papa, la Iglesia y los sacerdotes; plagados de inmoralidades, ateísmo y materialismo. Baste recordar los siguientes diarios, descaradamente propagadores del ateísmo y del odio contra la Religión: "Mirador", inspirado por Francisco Pujols. "La Rambla", dirigido por el librepensador Granier Barrera. "El Ateo", "El Be Negro", revista satírica y antirreligiosa. "El Diluvio", diario influenciado por el militante ateo Umbert Santos. "Bibliofilia", nudista y ateo. "Vida y Trabajo", inmoral y sectario. "La Traca" y "Fray Lazo", órganos de la grosería plebeya y desvergonzada. "Estudios", revista atea y anarquista. "Gimnos", nudista y procaz, antirreligiosa. "Biblioteca de los Sindios", que publicaba folletos con los siguientes títulos: "Dios, Padre pedrusco", "Cristo no fué cristiano", "Jesucristo, mala persona", "Los Apóstoles y sus concubinas", "Las Santas garras de la Iglesia", "Origen nefando de los conventos", etc., etc. (Cfr. Bayle, "Sin Dios y contra Dios". Burgos, 1938.)

47. — Uno de los primeros frutos de tanto odio sembrado contra la Iglesia fué el destierro del Emmo. Cardenal Segura, Arzobispo de Toledo. Éste, como Primado de España, el 3 de junio de 1931 y en nombre de todo el Episcopado Español, escribió y suscribió en Roma una respetuosa protesta al Presidente del Gobierno republicano, en la cual recordaba que los católicos sentían el deber de usar, de respetar y de prestar obediencia a la Autoridad constituída para cooperar así al bien común y a la paz social. Al mismo tiempo sentía el doloroso deber de constatar que no había encontrado ninguna correspondencia por parte del Estado, porque con hechos incalificables se habían violado de un modo violento los sacrosantos derechos de los católicos y de la Iglesia y también el Concordato vigente con la Santa Sede.

En efecto; el Gobierno Español había declarado oficialmente la separación entre la Iglesia y el Estado; había suprimido la Santa Misa en los cuarteles y en las cárceles; había prohibido a los Gobernadores de las provincias y a los Jefes del Ejército que tomaran parte en actos religiosos; había suprimido las cuatro Órdenes Militares y privado de derecho civil a la Confederación Nacional Católico-Agraria, precisamente por el hecho de ser católica. Había privado a la

Iglesia del derecho a intervenir en el Consejo de Instrucción Pública, por medio de un Prelado. Había prohibido los honores al Santísimo Sacramento, suprimido la enseñanza religiosa en las Escuelas Primarias y Superiores, prohibiendo también el crucifijo en las escuelas. Había suprimido la libertad de culto y violado el derecho de inviolabilidad personal de los eclesiásticos.

En respuesta a esta protesta respetuosa y obligada, el Emmo. Cardenal fué arrestado y expulsado de España. Mientras se encontraba en visita canónica en la Casa de las Religiosas Adoratrices de Guadalajara, el Gobernador le intimó, por orden del Gobierno Provisional de la República, que se pusiera inmediatamente en camino hacia la frontera. La Guardia Civil condujo al Cardenal, con otro sacerdote que le acompañaba, a la Jefatura de Policía, donde el Emmentísimo Purpurado fué sometido a un registro personal y a un interrogatorio sobre los documentos que llevaba encima, cual si se tratase de un vulgar delincuente. Le reiteraron la orden de dirigirse inmediatamente a la frontera. El Cardenal hizo valer su derecho de ciudadano español para permanecer en su Patria, o que por lo menos le fuera entregada una orden firmada por el Gobierno. El Comisario Jefe de Podicia trató al Cardenal como a un detenido vulgar, sin que el Emmo. Purpurado diera motivo alguno para tan odioso trato.

La intimación verbal comunicada por el jefe de Policía fué ratificada y confirmada por escrito por el Gobierno, con la amenaza expresa de que el mismo Gobierno de la República no garantizaba la vida del Cardenal en España, ni siquiera por espacio de media hora. De este modo, el Emmo. Cardenal Primado de España fué expulsado de su Patria el 15 de junio de 1931. Poco después era expulsado igualmente el Obispo de Vitoria.

48. — El 28 de junio de 1931 tuvieron lugar las elecciones de diputados, de las que debían salir las Cortes Constituyentes. Los partidos de izquierda tuvieron una mayoría aplastante y de ahí que el proyecto de Constitución que al parecer se redactó en veinte días estuviese todo inspirado en el ideario socialista de extrema izquierda.

49. — Los artículos de la Constitución que se refieren a la Iglesia fueron redactados del siguiente modo:

Artículo 3. El Estado Español no tiene religión oficial.

Artículo 26. Todas las confesiones religiosas serán consideradas como Asociaciones sometidas a una ley especial. El Estado, la región, las provincias y los municipios no mantendrán, favorecerán ni auxiliarán económicamente a la Iglesia, asociaciones e instituciones religiosas. Una ley especial regulará la total extinción, en un plazo máximo de dos años, el Presupuesto del Clero.

Quedan disueltas todas las Órdenes Religiosas que estatutariamente impongan, además de los tres votos canónicos, otro especial de obediencia a autoridad distinta de la legítima del Estado. Sus bienes serán nacionalizados y afectados a fines benéficos y docentes. Las demás Órdenes Religiosas se someterán a una ley especial votada por estas Cortes y ajustada a las siguientes bases:

a) Disolución de las que por sus actividades constituyen un peligro para la seguridad del Estado.

b) Inscripción de las que deben subsistir, en un Registro especial dependiente del Ministerio de Justicia.

c) Incapacidad de adquirir y conservar por sí, o por personas interpuestas, más bienes de los que previa justificación se destinen a su vivienda o al cumplimiento directo de sus fines privativos.

- d) Prohibición de ejercer la industria, el comercio o la enseñanza.
- e) Sumisión a todas las leyes tributarias del país.
- f) Obligación de rendir anualmente cuenta al Estado de la inversión de sus bienes en relación con los fines de la Asociación.
- g) Los bienes de las Órdenes Religiosas serán nacionalizados.

50. — Con tales disposiciones gubernativas se abolía de hecho la Religión Católica en España, y según declaración ministerial, el Catolicismo oficial y la República eran incompatibles. Por tanto, las Ordenes Religiosas se consideraban como enemigas declaradas de la República y como tales deberían ser suprimidas, como ya se había suprimido y disuelto la Compañía de Jesús en el mismo texto de la Constitución, aunque su fundador era español.

51. — El 6 de febrero de 1932 la Gaceta Oficial ordenaba la secularización de los cementerios municipales y en la misma fecha el Director General de Primera Enseñanza, en una circular, prescribía: "La Escuela ha de ser laica; por tanto, no ostentará signo alguno que indique confesionalidad, quedando suprimidas del horario y programas escolares la enseñanza y la práctica confesionales."

52. — En agosto de 1935 se celebró en Moscú el VII Congreso de la Liga Internacional Comunista. Jorge Dimitroff, en su discurso, saludó a Largo Caballero, cabecilla de los socialistas españoles, y apostrofó a los mismos socialistas de España por no haber fiscalizado los bienes de las iglesias y de los conventos, por no haber disuelto la Guardia Civil, tan odiada por el pueblo, y por no haber dado un golpe definitivo al partido fascista y al poder del clero católico. Y así, bajo el fútil pretexto de evitar el fascismo, los perseguidores y sus mandatarios acusaban de fascistas al sacerdocio, a los obispos y a los católicos.

53. — Es cierto que el 15 de enero de 1936 fué publicado el manifiesto del Frente Popular, compuesto de los siguientes partidos: Izquierda Republicana, Unión Republicana, Partido Socialista, Unión General de Trabajadores, Federación Nacional Socialista, Partido Obrero de Unificación Marxista, Partido Comunista y Sindicalista. Y todos estaban concordes en declarar la guerra contra la Religión Católica y contra sus ministros.

54. — El 27 de febrero del mismo año 1936 la Komintern dictaba las bases para llegar al fin bolchevique y expresamente mandaba: "La destrucción de las iglesias y de las casas religiosas." Uno de los dirigentes, Andrés Nin, jefe del P. O. U. M., declaró en un mitin, celebrado en un teatro de Barcelona el 8 de agosto de 1936: "Había muchos problemas en España y los republicanos burgueses no se habían preocupado por resolverlos: El problema de la Iglesia. Nosotros lo hemos resuelto totalmente, yendo a la raíz. Hemos suprimido los sacerdotes, las iglesias y el culto." Y estas palabras no son amenazas de lo que se proponen hacer, sino el relato de lo que ya han hecho. El 5 de marzo de 1937 José Díaz, Secretario General de la Tercera Internacional, decía en Valencia: "En las provincias que dominamos, la Iglesia no existe. España ha sobrepasado en mucho la obra de los Soviets, porque la Iglesia en España está hoy aniquilada."

55. — Es cierto que a mitad de agosto de 1936 la Prensa se hizo eco de las órdenes emanadas de Moscú a los proletarios antifascistas de "matar a todos los sacerdotes". Juan Peiró, uno de los dirigentes de la C. N. T. y ministro del Gobierno de Valencia, dijo: "El anatema general fué tomado tan al pie de la letra, que se ha perseguido y exterminado a todos los sacerdotes y religiosos únicamente porque lo eran." Y afirma en estos términos el designio ateo de la

Revolución: "La destrucción de la Iglesia es un acto de justicia. Matar a Dios, si existiese, al calor de la Revolución, cuando el pueblo inflamado de odio justo se desborda, es una medida muy natural, muy humana"

56. — Es cierto que, apenas estalló la guerra, salieron de todos los pueblos y de todas partes milicias rojas que, en primer lugar, y antes que a otros, y con una decisión segura y certera, que suponía órdenes superiores minuciosas y estudiadas con mucha antelación, buscaban al Párroco con el fin, según decían, de *comerle en tortilla o en estofado*, repitiendo con odio feroz: "No hay que dejar ninguno."

Esta consigna y el hecho del exterminio del clero español no tiene semejanza en ninguna otra nación. La caza del hombre, del sacerdote, fué fulminante, encarnizada, aterrorizadora; la más dura y páfida en el extenso victimario de la Revolución.

El Presidente del Comité Revolucionario de N. confesaba haber recibido, al igual que todos los demás Comités Revolucionarios de Cataluña, esta consigna: "Tratándose de sacerdotes, ni piedad ni prisioneros; matadlos a todos sin remisión."

El Presidente del Comité B. consultó al Comité Central qué se había de hacer con un sacerdote muy caritativo, univesalmente respetado y amado del país. La respuesta fué brutal y significativa: "Ya os ha sido ordenado. Matadlos a todos, y a los que llamáis los más santos y mejores, los primeros."

Los milicianos que llegaron a Vich con los camiones incendiarios de la Tórrasa, decían: "Tenemos orden de matar a todos los obispos, a todos los curas y a todos los frailes que encontremos." Acto seguido entraron a registrar el Palacio Episcopal. Cuando se hallaban destruyendo bárbaramente las imágenes de la Catedral, se oyó explicar a uno: "Yo, y otros igual, he pasado año y medio en Rusia y allí me lo han enseñado. Allí hemos aprendido a odiar a Cristo y a hacerle la guerra a muerte. No dejaremos en pie una sola cruz."

57. — Sólo así se explica cómo hasta finales de 1939 se extendió por toda la España roja una matanza feroz y sistemática de sacerdotes seculares y regulares, con la destrucción violenta de objetos de culto, imágenes sagradas, pinturas y ornamentos, con la ocupación violenta de los edificios (que luego dedicaban a garajes, mercados, cines u otros fines inconfesables) y destrucción o expropiación de los tesoros artísticos de las iglesias.

58. — De todo lo que antecede se desprende con toda evidencia que la causa de tanta sangre derramada, de tantos sacrilegios y de tantas ruinas no fué, de ninguna manera, política, porque en ese caso no se hubiesen destruído los objetos sagrados de culto ni se hubiera llegado a prohibir toda manifestación religiosa aun en el interior de las iglesias. Es, pues, evidente que la única causa fué el odio contra la Religión Católica y sus ministros.

59. — Afortunadamente, los juicios y testimonios de la Jerarquía eclesiástica sobre el particular abundan sobremanera. El trabajo, más que en la búsqueda de estos testimonios, está en la elección de los mismos; tal es su abundancia. Empezaremos por los sapientísimos y oportunos documentos del Papa Pío XI, de feliz recordación:

"Y allí en donde, como en nuestra querida España, el azote comunista no había tenido aún tiempo para dejar sentir todos los efectos de sus teorías, se ha desencadenado, ¡ay!, con una violencia más furiosa. No es ya esta o aquella iglesia, tal o cual convento lo que se ha destruído, sino que han sido, cuando esto

ha sido posible, todas las iglesias, todos los conventos y aun toda huella de la Religión cristiana lo que se ha querido destruir, aunque se tratase de los monumentos más notables del arte y de la ciencia. El furor comunista no se ha contentado con matar obispos y millares de sacerdotes, religiosos y religiosas, cebándose justamente con mayor empeño en aquellos y aquellas que con más celo se ocupan de los obreros y de los pobres; sino que han hecho un número mayor de víctimas entre los seglares de toda clase, que aun hoy día, son asesinados en masa por el solo hecho de ser buenos cristianos, o al menos, opuestos al ateísmo comunista. Y esta espantosa destrucción se perpetra con un odio, con una barbarie, con un salvajismo increíbles en nuestro tiempo." (*Encíclica "Dilectissimus nobis", 3 junio 1933.*)

El mismo Pontífice, al hablar ante quinientos españoles huidos del infierno rojo de España, condena el salvajismo de las hordas comunistas y se expresa de esta manera: "Todos estos resplandores y reflejos de heroísmo y de gloria que vosotros, queridísimos hijos, nos presentáis y recordáis por fatal necesidad, nos hacen ver más claramente como en una grande, apocalíptica visión, las devastaciones, los estragos, las profanaciones, las ruinas de las que vosotros, queridísimos hijos, habéis sido testigos y víctimas. Cuanto hay de más humanamente humano y de más divinamente divino: personas sagradas, cosas e instituciones sagradas, tesoros inestimables e insustituibles de fe y de piedad cristiana, al mismo tiempo que de civilización y de arte: objetos preciosísimos, reliquias santísimas, dignidad, santidad, actividad benéfica de vidas enteramente consagradas a la piedad, a la ciencia y a la caridad; altísimas Jerarquías sagradas, obispos y sacerdotes, vírgenes consagradas a Dios, seglares de toda clase y condición, venerables ancianos, jóvenes en la flor de la vida, y el mismo sagrado silencio de los sepulcros, todo ha sido asaltado, arruinado, destruido, con los medios más villanos y bárbaros, con el desenfreno más libertino, jamás visto, de fuerzas salvajes y crueles, que pueden creerse imposibles, no digamos de la dignidad humana, sino hasta de la misma naturaleza humana, aun la más miserable y caída en lo más bajo." (*Alocución de septiembre de 1936.*)

Y en el mismo sentido se expresó el Cardenal Gomá, en su obra "El caso de España": "Jamás se ha visto en la historia de ningún pueblo el cúmulo de horrores que ha presenciado España en estos cuatro meses (julio-octubre de 1936). Millares de sacerdotes y religiosos han sucumbido, entre ellos diez obispos, a veces en medio de vergüenzas y tormentos inauditos. El sacerdote es el hombre de Dios; para aniquilar a Dios, los que a sí mismos se llaman los "sin Dios y contra Dios", debían eliminar de la Sociedad a sus representantes. Cuando lo sepa el mundo, porque hoy es todavía un secreto que se oculta en las regiones no conquistadas, causará espanto esta hecatombe de los ungidos del Señor... La destrucción de bibliotecas y archivos, la profanación de sepulturas, los atropellos contra las vírgenes consagradas a Dios, la matanza de inocentes niños, las formas de la ferocidad más repugnante en los millares de asesinatos cometidos, el instinto sacrílego que ha guiado a estos hombres sin Dios y sin ley en la destrucción de lo más representativo de nuestra Religión cristiana, especialmente las venerandas imágenes de Jesucristo y de María Santísima, han dado la nota antihumana de esta explosión de bastardas pasiones que han azotado la sociedad española desde que estalló la guerra."

Y el Emmo. Cardenal Segura, a su vez, escribe: "Es un hecho completamente demostrado que una de las consignas recibidas en España por los revolucionarios

rios fué la de destruir enteramente el sacerdocio católico para acabar totalmente con el Santo Sacrificio en nuestra Patria. Y esta consigna se llevó a cabo con tanto rigor, que fueron sacrificados nuestros sacerdotes sin que pudiera culpárseles de intervención ninguna en la política de nuestro pueblo, de la cual vivían totalmente alejados, dedicándose exclusivamente a santificar las almas y a hacer el bien indistintamente."

El doctor Castro Albarrán (*La Gran Víctima, cap. VIII*) observa certeramente: "La propaganda roja señaló a los Prelados como autores y cómplices de la rebelión. El mismo Gobierno cargó sobre ellos culpas y responsabilidades. No es, pues, extraño que las turbas y milicianos los buscasen para cebar en ellos sus furores. Trece Obispos y un Administrador Apostólico dieron, como el Buen Pastor, la vida por sus ovejas."

Y el Episcopado Español, en su Carta Colectiva a los obispos del mundo entero se expresaba en los siguientes términos: "Enjuiciando globalmente los excesos de la Revolución comunista española, afirmamos que en la historia de los pueblos occidentales no se conoce un fenómeno igual de vesania colectiva, ni un cúmulo semejante, producido en pocas semanas, de atentados cometidos contra los derechos fundamentales de Dios, de la Sociedad y de la persona humana. Y sería fácil, recogiendo los hechos análogos y ajustando sus trazos característicos para composición de figuras de crimen, hallar en la Historia una época o un pueblo que pudiera ofrecernos tales y tantas aberraciones. Hacemos historia, sin interpretaciones de carácter psicológico o social, que reclamarían particular estudio. La Revolución anárquica ha sido "*excepcional*".

"Añadimos que la hecatombe producida en personas y cosas por la Revolución comunista, fué *premeditada*. Poco antes de la revuelta habían llegado de Rusia setenta y nueve agitadores especializados. La Comisión Nacional de unificación marxista, por los mismos días, ordenaba la constitución de las milicias revolucionarias en todos los pueblos. La destrucción de las iglesias, o por lo menos de su ajuar, fué sistemática y por series. En el breve espacio de un mes se habían inutilizado todos los templos para el culto. Ya en 1931, la Liga atea tenía en su programa un artículo que decía: "Plebiscito sobre el destino que hay que dar a las iglesias y casas parroquiales." Y uno de los Comités provinciales daba esta norma: "El local o locales destinados hasta ahora al culto se destinarán a almacenes colectivos, mercados públicos, bibliotecas populares, casas de baño o higiene pública, etc., según convenga a cada pueblo." Para la eliminación de personas destacadas, que se consideraban enemigas de la Revolución, se habían formado previamente las "listas negras". En algunas, y en primer lugar, figuraba el obispo. De los sacerdotes decía un jefe comunista, ante la actitud de un pueblo que quería salvar a su párroco: "Tenemos orden de quitar la semilla."

"Prueba elocuentísima de que la destrucción de los templos y matanza de los sacerdotes, en forma totalitaria, fué cosa *premeditada*, es su número espantoso. Aunque son prematuras las cifras, contamos unas veinte mil iglesias y capillas destruidas o totalmente saqueadas. Los sacerdotes asesinados, contando un promedio del cuarenta por ciento en las diócesis devastadas —en algunas llegan al ochenta por ciento—, sumarán, sólo del clero secular, unos seis mil. Se los cazó como a perros, se los persiguió a través de los montes; fueron buscados con afán en todo escondrijo, se los mató sin juicio las más de las veces, sobre la marcha, sin más razón que su carácter sacerdotal."

Fué "*cruelísima*" la Revolución. Las formas de asesinato revistieron caracteres de barbarie horrenda. En su número: se calculan en número superior a trescientos mil los seglares que han sucumbido asesinados sólo por sus ideas políticas y *especialmente religiosas*. En Madrid y en los tres meses primeros fueron asesinados más de veintidós mil. Apenas hay pueblo en que no se haya eliminado a los más destacados derechistas. Por la falta de forma: sin acusación, sin pruebas, las más de las veces sin juicio. Por los vejámenes: A muchos se les han amputado los miembros o se les ha mutilado espantosamente antes de matarlos. Se les han vaciado los ojos, cortado la lengua, abierto en canal, quemados o enterrados vivos, matados a hachazos... La crueldad máxima se ha ejercido con los ministros de Dios. Por respeto y caridad no queremos puntualizar más...

Pero sobre todo la Revolución fué *anticristiana*. No creemos que en la historia del Cristianismo y en el espacio de unas semanas se haya dado explosión semejante, en todas las formas del pensamiento, de voluntad y de pasión, del odio contra Jesucristo y su Religión sagrada. Y tal ha sido el estrago sacrílego que ha sufrido la Iglesia en España, que el Delegado de los rojos españoles, enviado al Congreso de los Sindiós en Moscú, pudo decir: "España ha superado en mucho la obra de los Soviets, por cuanto la Iglesia en España ha sido completamente aniquilada."

Contamos los Mártires por millares; su testimonio es una esperanza para nuestra pobre Patria; pero casi no halláramos en el Martirologio Romano una forma de martirio no usada por el comunismo, sin exceptuar la crucifixión, y en cambio, hay formas nuevas de tormento que han consentido la sustancia y máquinas modernas.

El odio a Jesucristo y a la Virgen ha llegado al paroxismo, y en los centenares de crucifijos acuchillados, en las imágenes de la Virgen bestialmente profanadas, en los pasquines de Bilbao en que se blasfemaba sacrílegamente de la Madré de Dios, en la infame literatura de las trincheras rojas, en que se ridiculizan los divinos misterios, en la reiterada profanación de las Sagradas Formas, podemos adivinar el odio del infierno encarnado en nuestros infelices comunistas. "Tenía jurado vengarme de ti, decía uno de ellos al Señor encerrado en el Sagrario, y encañonándole la pistola, disparó contra Él diciendo: Ríndete a los rojos, ríndete al marxismo."

Ha sido espantosa la profanación de las sagradas reliquias: han sido profanados o quemados los cuerpos de San Narciso, San Pascual Bailón, la Beata Beatriz de Silva, San Bernardo Calvo y otros. Las formas de profanación son inverosímiles y casi no se conciben sin sugestión diabólica."

60. — Creemos conveniente puntualizar con algunos ejemplos verídicos las palabras tan tremendas y los gravísimos conceptos acabados de exponer por el Episcopado Español.

En una plaza de Lérida se constituyó un tribunal parodiando la sentencia de Pilatos. El acusado fué abofeteado copiosamente y acometido a puñetazos. Se le colocó encima de una mesa, y preguntado quién era, contestó: "Un seminarista de Barbastro." La plebe, que oyó esto, clamó por su muerte. El emisario de la F. A. I. se lavó las manos y le condenó a morir en cruz. Desnudo y clavado en un madero, expiró después de haber dicho: "Jesús, por tu amor y por la salvación de España." (*L. Carreras. "Grandeza Cristiana de España", pág. 145.*)

La Vanguardia del 20 de noviembre de 1936 publicaba esta sofama: "Se

puede arrestar y fusilar a los hombres por el sólo hecho de ser católicos." Los asesinos de nuestros hermanos de Fe o de Religión no sólo han confesado por su propia boca que los mataban por ser sacerdotes, religiosos o católicos, sino que lo han proclamado todavía con más elocuencia con sus propios hechos.

Unos milicianos manifestaron a unos presos que estaban maravillados de ver cómo iban tan contentos a la muerte. Ellos respondieron: "Es que para nosotros comienza una nueva vida, la verdadera y feliz." "No lo comprendemos, no lo comprendemos, decían, pero es cierto que parece que no vais a morir." (*L. Carreras. Ibidem, pág. 141.*)

Un miliciano herido, recogido por las tropas nacionales cerca de un pueblo de Sevilla y que declaró haber asesinado a treinta y dos sacerdotes, declaró, antes de morir: "No podría contar el número de personas que yo he matado; todas han arrostrado la muerte con valor y han caído gritando: "Viva Cristo." Con estas mismas palabras murió el pobre asesino, confesando así su engaño. (*L. Carreras. Ibidem, pág. 242.*)

El Párroco de Torrijos (Toledo), don Liberio González, en quien los verdugos reproducen la pasión del Señor, dice a sus enemigos: "Matadme de cara, para que os pueda bendecir y perdonar." Y cuando le dijeron: "Blasfema y te perdonaremos", les respondió el mártir: "Yo soy quien os perdona a vosotros y os bendice." (*L. Carreras. Ibidem, pág. 146.*)

61. — Otra señal de aceptación voluntaria, tranquila y gozosa y aun a veces ardientemente deseada, ha sido la vida que han llevado las víctimas en las cárceles preparándose para la muerte y viéndola venir con serenidad, con esa serenidad que sólo da la gracia de Dios, que siempre cumple su promesa de estar con los suyos en la tribulación: *Cum ipso sum in tribulatione*, Ps. 90, 14. En esta tribulación pasada en España, se han trocado los papeles: los bandidos, los asesinos y los profesionales del crimen pululan libres por las calles y los fieles siervos de Jesucristo, sacerdotes, religiosos, ciudadanos honrados y católicos fervorosos, llenaban las cárceles y los presidios, perfumándolos con los aromas de la virtud y de la santidad. ¡Qué confesiones tan sinceras, qué comuniones tan fervorosas, qué Vía crucis tan devotos, qué de rosarios se han rezado a la Madre de Dios, qué de perdones tan generosos se han concedido a los enemigos!...

62. — En resumen: del modo cómo fué preparada y llevada a término la persecución, aparece evidente que el único motivo fué un odio ferocísimo contra la Religión Católica. Realmente, fué odio contra la *Doctrina Católica*, porque se prohibió la enseñanza de la Religión en las Escuelas. Fué odio contra el *Culto Católico*, porque se abolieron oficialmente en España y se impidieron de mil maneras las manifestaciones del culto, incluso en el interior de las iglesias, en su mayoría destruidas e incendiadas. Fué odio contra la *Moral Católica*, que querían sustituir con demostraciones sacrílegas e irrisorias de carácter laico. Fué odio contra la misma *Casa de Dios*, cuya destrucción fué proclamada en todos los programas comunicados desde Rusia. En fin, fué odio contra la *Jerarquía Católica*, porque todo el clero fué perseguido, calumniado, vilipendiado, encarcelado y hecho víctima de todas las iras y de los odios más inhumanos.

63. — Por este motivo no es de extrañar que el mismo Pontífice Pío XI no dudase en proclamar "verdaderos Mártires de la Fe" a todos aquellos sacerdotes que caían víctimas de la persecución. En la alocución del 14 de septiembre de 1936 a los prófugos españoles, decía el Sumo Pontífice:

“Hay todo un esplendor de virtudes cristianas y sacerdotales, de heroísmo y de *martirios verdaderos en todo el sentido sagrado y glorioso de la palabra*, martirios hasta el sacrificio de vidas las más inocentes, de ancianos venerables, de juventudes en flor; martirios hasta la heroica generosidad de pedir lugar en el carro entre las víctimas que el verdugo conduce a la muerte.”

Como dicen los obispos españoles, se cuentan a millares los Mártires.

Y lo son porque han sido perseguidos, vejados y muertos por odio a la Fe y a la Iglesia, por los sindiós y contra Dios.

Lo son, porque han soportado pacientemente los tormentos injustamente infligidos.

Lo son, porque voluntariamente han aceptado la muerte por Dios, por Jesucristo y por la Iglesia.

Lo son, porque se ofrecieron generosamente en holocausto, en aras de su amor a Dios y al prójimo.

Por consiguiente, han sido verdaderamente *testimonios* de la Fe, según la auténtica significación de la palabra *mártir*.

CAPÍTULO III

LA CAUSA DEL MARTIRIO POR PARTE DE LOS SIERVOS DE DIOS EN LAS DIÓCESIS DE VALENCIA, BARCELONA, TORTOSA Y SOLSONA

A) LOS MÁRTIRES DE VALENCIA

Muy Rvdo. don JOSÉ CALASANZ MARQUÉS, Sacerdote

64. — Al iniciarse el Movimiento se encontraba el Padre Calasanz en Valencia, presidiendo los Ejercicios Espirituales que congregaban en aquella Casa a la mayor parte de los Salesianos del Reino de Valencia. La noche del 21 de julio las turbas rodearon el Colegio con intenciones agresivas. No acudió auxilio de ninguna clase. Los Salesianos pasaron la noche en vela, agrupados en torno del Padre Calasanz. De madrugada las turbas irrumpieron en el Colegio y los Salesianos fueron detenidos y reclusos en la Cárcel Modelo hasta el día 29, en que fueron dejados en libertad. Durante estos días el Padre Calasanz fué el sostén y el aliento de todos con sus ejemplos y con sus consejos.

A medida que iban saliendo de la cárcel, los despedía a todos, no sin asegurarse antes de que tenían un refugio seguro adonde acudir. Él, en compañía de don Recaredo de los Ríos, salió el último. A un sacerdote que le exponía sus temores por el porvenir, le dijo estas textuales palabras: "Hijo mío, debemos confiar más en la Divina Providencia. De todos modos, yo creo que estoy en gracia de Dios."

65. — Era su intención, al salir con don Recaredo, refugiarse en Villarreal (Castellón), en casa de un hermano de este último, y para ello decidieron evitar el paso por Valencia, que creían peligroso en aquellas circunstancias. Se dirigieron, pues, a la estación de Mislata, pero al atravesar el pueblo infundieron sospechas y fueron detenidos por una patrulla y conducidos a la sede del Comité, donde no tardaron en juntárseles otros dos salesianos, don Florencio Celdrán y don Agustín García, que también habían sido detenidos.

Registraron el maletín de don Calasanz, encontrando en él una sotana, de la que no quería separarse. Los milicianos creyeron con ello haber encontrado el cuerpo del delito y le preguntaron:

—¿Es usted cura?

—Sí —respondió con calma y dignidad—. Soy sacerdote salesiano.

Los milicianos discutieron el caso. Algunos eran partidarios de que se los dejase en libertad, pero otros se opusieron vivamente a ello. Pareció triunfar el primer criterio, por lo que los dejaron salir camino de la estación, pero a poco eran alcanzados de nuevo y obligados a volver al Comité. De allí los obli-

garon a subir a un camión, y rodeados de milicianos, conducidos a Valencia, con la intención de entregarlos a las autoridades rojas.

66.— El Padre Calasanz iba apoyado sobre los hombros de don Florencio, que estaba sentado al fondo del camión. Un joven miliciano, que se había distinguido durante el interrogatorio por su aversión al Padre Calasanz, especialmente desde que se enteró de su condición de sacerdote, no apartaba de él el fusil, que en los virajes rápidos amenazaba con golpear la cabeza de don Florencio, por lo cual éste le suplicó en varias ocasiones que desviase el arma y la pusiese en dirección vertical, no fuera que se disparase; pero el miliciano no hacía caso y seguía apuntando al Padre Calasanz, mientras sonreía de una manera siniestra.

Al llegar a Valencia, y frente al puente de San José, sucedió lo previsto. Sonó un disparo, se oyó un grito ahogado y el Padre Calasanz, con la cabeza destrozada por la descarga a quemarropa, caía sobre don Florencio, cubriéndole de sangre, que manaba a borbotones de la enorme herida producida por el disparo. Se detuvo la camioneta. Los milicianos echaron pie a tierra. Don Recaredo intentó incorporar al Padre Calasanz, pero en vano. Le dió la absolución *sub conditione*. Su alma había ya volado al Paraíso. En su declaración, el miliciano, autor del disparo, dijo que el disparo se lo había provocado su víctima al agarrarse al cañón del arma; pero don Florencio, testigo presencial, afirma categóricamente que el disparo fué voluntario e intencionado, pues el mozalbete sabía que el Padre Calasanz era sacerdote, por haberlo manifestado al encontrarle la sotana. Y que éste fué el verdadero motivo del asesinato del santo sacerdote.

Rvdo. don ANTONIO MARTÍN HERNÁNDEZ, Sacerdote
Rvdo. don RECAREDO DE LOS RÍOS FABREGAT, Sacerdote
Rvdo. don JOSÉ GIMÉNEZ LÓPEZ, Sacerdote
Rvdo. don JULIAN RODRIGUEZ SANCHEZ, Sacerdote
Don AGUSTÍN GARCÍA CALVO, Coadjutor

67.— Este grupo de salesianos llegó a la Cárcel Modelo por diferentes caminos, pero como sufrieron juntos el martirio, los hemos agrupado para dar cierta unidad al relato del mismo.

Don Recaredo de los Ríos había presenciado la muerte de su Superior y Padre don José Calasanz. Una vez consumada la tragedia, don Recaredo, don Agustín García y don Florencio quedaron espantados. Don Recaredo, después de dar al Superior la absolución *sub conditione*, se abrazó a él, llorando como un niño y quedando empapado en su sangre. El suelo de la camioneta estaba también lleno de sangre y era un charco resbaladizo. La sangre se filtraba por las rendijas y caía al suelo. Los milicianos, como si tal cosa, reían y bromeaban. Don Recaredo intentó bajarse de la camioneta, pero los milicianos le amenazaron con dispararle un tiro. Se puso de nuevo en marcha el vehículo hacia el dispensario existente en las proximidades del puente. Entre don Recaredo y don Agustín bajaron el cadáver del siervo de Dios y lo tendieron en la mesa de operaciones del dispensario. Luego se pusieron a rezar ante el

cadáver, hasta que los milicianos los sacaron de allí diciendo que tenían que ir a declarar ante el juez de guardia. Terminada la declaración, los tres salesianos fueron conducidos en otro vehículo a la Cárcel Modelo.

68. — Don Antonio Martín era Director de la Casa de Valencia al tiempo del Movimiento. Cuando en la mañana del día 22 entraron las turbas en el Colegio, fué requerida su presencia por uno de los jefes rojos, y bajó al despacho. Una vez allí le conminaron a que hiciera al instante entrega de las armas, que según ellos se escondían en la Casa. Ante la afirmación resuelta y decidida de don Antonio de que en la Casa no había arma ninguna, se le echaron a reír en la cara y apuntándole con sus pistolas le quisieron obligar a declarar lo que ignoraba. Don Antonio padecía del corazón y cualquier emoción violenta le hacía temblar y le provocaba otros trastornos orgánicos. Estaba a punto de desmayarse. Pero uno de los mozalbetes allí presentes, que se distinguía por su bravuconería y desvergüenza, dijo:

—A éste ya le haré hablar yo. Dejadme.

Y le cubrió el rostro con un pañuelo. Luego le puso de cara a la pared y colocando el cañón de su pistola debajo del sobaco de su víctima, hizo un disparo. Don Antonio, agotado por las emociones, tan sólo tuvo fuerzas para volverse hacia su verdugo y decirle con débil voz:

—¿No tienes padre, hijo mío?

Y cayó desvanecido.

Entonces los milicianos le llevaron de nuevo junto a los otros salesianos. Y poco después, junto con ellos, era trasladado en una camioneta a la Cárcel Modelo.

69. — Al entrar en la cárcel, a causa del delicado estado de su salud, ocasionado por los recientes sucesos, obtuvo permiso para trasladarse a la enfermería, en donde permaneció la semana del 22 al 29 de julio. Al ser puestos en libertad los religiosos salesianos, él se dirigió a la casa de una excelente Cooperadora Salesiana, doña Ricarda Alemany, la cual le atendió con afecto y solicitud, logrando devolverle, junto con la salud, la tranquilidad del espíritu. En aquel cristiano hogar veía don Antonio transcurrir las horas apaciblemente, entregado al rezo del santo breviario, que había logrado conservar en su maletín, y edificando con su piedad y su conformidad con la voluntad de Dios a todos los de la casa.

70. — El día 2 de agosto se presentó inopinadamente en casa de doña Ricarda el sacerdote don José Giménez. También él había sido encarcelado con los demás salesianos y libertado el día 29 de julio. Al salir de la cárcel anduvo vagando sin rumbo por las calles de Valencia, que apenas conocía, por encontrar cerradas todas las puertas a donde había intentado acogerse. La gente manifestaba su buen deseo, pero no quería comprometerse, ya que sabían las consecuencias de tener alojado en casa a un sacerdote o religioso. Por este motivo tuvo que pasar algunas noches al raso, durmiendo en algún rincón oculto de los jardines públicos. En las fondas y pensiones a donde se dirigió, no quisieron admitirle, por no llevar carnet sindical ni salvoconducto. Finalmente la dueña de una casa de huéspedes, compadecida de su miserable estado, le permitió pernoctar en su casa la noche del 1 al 2 de agosto. Pidió un vaso de leche, se encerró en su habitación y rompió a llorar como un niño. Al día siguiente, habiéndose enterado providencialmente del domicilio en que estaba escondido don Antonio Martín, se presentó allí, solicitando una entrevista con don Antonio.

Éste le acogió con cariño y le hizo relatar delante de la familia sus andanzas, que conmovieron a todos los presentes. Doña Ricarda, generosa, decidió hospedar también a don José, exclamando:

—El mismo peligro corremos por tener un refugiado como dos. Quédese con nosotros.

71. — Desde aquel momento ambos religiosos se confortaban mutuamente. Hacían en comunidad sus prácticas religiosas y con sus santas conversaciones edificaban a los de la casa. Transcurrió de esta forma una semana; pero una noche, alrededor de las diez, se presentaron de improviso unos milicianos, diciendo que iban a comprobar si en aquella casa había un aparato de radio. Como les contestaran que no había tal cosa, se marcharon sin más averiguaciones, pero dejando en el ambiente el temor de otras visitas. En efecto, volvieron el 14 de agosto y después de un minucioso registro y de un detenido interrogatorio, se llevaron a los dos religiosos, que fueron encerrados en la cárcel de San Miguel de los Reyes y de allí trasladados a la Modelo el 3 de septiembre de 1936, en donde ya estaban don Recaredo y don Agustín García, con don Florencio Celdrán.

72. — El Rvdo. don Julián Rodríguez siguió la suerte de los demás Hermanos, como ellos estuvo encerrado en la Cárcel Modelo y luego salió en libertad el día 29 de julio. Al salir de la cárcel, buscó hospedaje en casa de los padres de un Antiguo Alumno suyo, cuyo padre, don Domingo García, era Director del Banco Vitalicio, situado en la Plaza Castelar (hoy del Caudillo). Pero don Julián, por temor de perjudicar a sus bienhechores, ya que el mismo edificio estaba controlado por los rojos, decidió buscar otro refugio y a pesar de la resistencia de toda la familia, que no quería dejarle marchar, se fué a casa de otro Antiguo Alumno, don José María Talens. Aquí estuvo algún tiempo, pero la misma delicadeza y el mismo escrúpulo por no comprometerlos, le hizo abandonarlos y finalmente, para no comprometer a otros amigos, decidió entregarse a las autoridades, las cuales, sin otro motivo, le mandaron a la Cárcel Modelo, en donde ingresó el 9 de septiembre. Allí se encontró con el grupo de salesianos que le había precedido y que habían de ser sus compañeros de martirio.

73. — La vida que los cinco religiosos llevaron en la Cárcel, hasta el día en que los sacaron para el sacrificio, fué, según todos los testimonios que se han podido recoger, una vida ejemplar bajo todos aspectos. En un principio, sólo tenían el consuelo de recibir el Sacramento de la Penitencia, y lo aprovechaban para ir purificando sus almas de los inevitables defectos e imperfecciones en que caen aun las almas santas. En las breves horas destinadas al paseo se reunían en grupo para rezar el Santo Rosario y otras oraciones.

47. — *Don Agustín García*, según refiere don Florencio Celdrán, se mostraba siempre alegre y servicial. Bien pronto se conquistó la simpatía y la confianza de todos sus compañeros, especialmente del elemento joven de la cárcel. Y esta confianza y ascendiente lo aprovechaba para atraerlos a la piedad y a la frecuencia del Sacramento de la Confesión. Repartía con los presos necesitados la escasa comida que le traían de fuera. Su confianza en María Auxiliadora era ilimitada, haciéndole novena tras novena para conseguir la libertad, pero siempre dispuesto a que se cumpliese en él la divina voluntad.

75. — De los Rvdos. *don Julián Rodríguez* y *don José Giménez* no tenemos particulares referencias, pues llevaban una vida sencilla y escondida. Entregados a la piedad y a la caridad, entretenían sus ocios con la lectura de los

escasos libros piadosos que en aquellos primeros días todavía quedaban en la biblioteca del establecimiento.

76. — En cambio, de *don Recaredo* hay abundantes testimonios, pues su dinamismo, su entereza, su caridad y alegría hacían de él uno de los personajes más populares de la cárcel. Dice don Florencio Celdrán:

“Parece que le estoy viendo todavía, en mangas de camisa, siempre sonriente, dando alientos a todos. Cuando yo, preocupado por el porvenir, le manifestaba mis temores, me contestaba sonriente:

—Ánimo. La muerte no es más que cuestión de un instante. Un tiro... y al Cielo. Cerramos los ojos aquí para abrirlos en el Cielo.

Y añadía con nostalgia:

—Dichoso el Padre Calasanz, que a estas horas ya está en el Paraíso gozando de Dios y de la compañía de María Auxiliadora y de Don Bosco...

Y poniéndose serio, añadía: “¿Por qué no me matarían a mí en su lugar?”

No recataba sus ansias de morir por Cristo. Decía que estaba dispuesto a ir a la muerte como a un banquete. Estaba tan contento de padecer por Jesús, que según manifestó a don Florencio, se echaría a reír en la misma cara de sus verdugos, si no temiera con ello hacerles blasfemar. Años atrás, en el 1931, siendo Director de las Escuelas Salesianas de Alicante, cuando las turbas saquearon y asaltaron el Colegio, él, que no quiso desprenderse de su sotana, fue el blanco del odio y del furor de la multitud. Le insultaban, le amenazaban, le desgarraban la sotana arrancándosela a pedazos, le golpeaban y abofeteaban sin piedad. Le golpeaban con una barra de hierro que él ni siquiera sentía. Y mientras la multitud, agrupada en derredor suyo se dividía en pareceres, proponiendo unos que fuera despeñado desde el castillo de Santa Bárbara y otros que le arrojasen al mar con una piedra al cuello, no faltando quien apuntaba que sería mejor quemarlo vivo en la plaza, él, tranquilo y sereno, sonreía sin cesar. Esta sonrisa no era comprendida por sus verdugos, uno de los cuales exclamaba: “Mirad si es cínico, que todavía se ríe...” Y es que él, según confesaba poco después, estaba tan contento porque veía cerca el martirio y con él la entrada en el Paraíso.

77. — La vida en la cárcel era dura y a menudo trágica, especialmente cuando a raíz del asalto de la célebre “Columna de Hierro” comenzaron las terribles “sacas” que llenaban de angustia a los supervivientes. El cerco de Madrid por las tropas Nacionales acentuó la ira y el furor de los rojos, que se cebaban en los indefensos presos. A primeros de diciembre llamaron a declarar a los salesianos. Don Recaredo, en consideración al débil estado de salud de don Antonio Martín se ofreció a ir en su lugar para hablar en nombre de todos los salesianos. Ante sus jueces hizo la apología de la obra salesiana, y al salir iba tan optimista, que creía en la próxima libertad de todos sus Hermanos.

El día de la Inmaculada decidieron celebrarlo con algo extraordinario. Seguramente don Recaredo celebraría la Santa Misa, pues ya había llegado a su conocimiento la autorización del Padre Santo para hacerlo sin los requisitos ordinarios. Además su hermano le había enviado una bandeja de dulces que repartió entre los compañeros de encierro.

Aquella noche, según refiere el Cura de Ademuz, Rvdo. don Miguel Porter, que compartía la celda con don Antonio Martín, éste manifestó que tenía motivos para estar pesimista, ya que seguramente los rojos, en el registro de su despacho, habrían encontrado muchas cartas de la Nobleza española, referentes

al Proceso de Beatificación del Siervo de Dios el salesiano don Augusto Czar-toryski, emparentado con los Reyes de España.

Después de las oraciones ordinarias y una invocación especial a María Auxiliadora, se acostaron. Serían las cuatro de la madrugada cuando de repente se encendieron las luces de la celda y a poco se presenta un oficial llamando a don Antonio Martín. Este respondió: "Presente." Y se incorporó. "Salga a prestar declaración." Don Antonio, levantando los ojos al cielo y juntando las manos, exclamó: "¡Ea, al sacrificio!"

Salió y a los diez minutos volvió para recoger su petate. Los compañeros le felicitaron por creer que iban a ser puestos en libertad los salesianos, pero el, presintiendo la tragedia, se arrodilló y pidió la absolución al Cura de Ademuz, su compañero. Se la dió y tras un fuerte abrazo, se despidieron.

Por su parte don Recaredo, siempre optimista, al ser llamado, creyendo que iban en libertad, al pasar junto a la celda en que estaba su buen amigo el Marqués de Torrefranca, golpeándola con los nudillos, le dijo: "Adiós, señor Marqués, me voy... me voy..."

Los otros salesianos, don Julián Rodríguez, don José Giménez y don Agustín García fueron también avisados para que se preparasen a salir. Llegada la hora, fueron colocados en una camioneta que emprendió la marcha en dirección a Paterna. Llegados allí los hicieron bajar, y en el Picadero de Campamento, alineados junto a la tapia de las ejecuciones, recibieron la corona del martirio. Los detalles no son conocidos, puesto que no hubo testigos de la tragedia.

78. — Los cuerpos de los Siervos de Dios, trasladados a Valencia, fueron enterrados en el Cementerio Municipal, y al llegar la Liberación, fueron identificados, así como también el Padre Calasanz, y se organizó un acto público en honor de los gloriosos Mártires de Cristo, en el que tomaron parte, además del pueblo entero, las Autoridades eclesiásticas, civiles y militares, rindiendo tributo a los que supieron morir por Dios y una España mejor.

Sus restos descansan actualmente en el panteón que los Salesianos tienen en el vecino pueblo de Benimaclet, esperando la hora de su glorificación.

Rvdo. don JUAN MARTORELL SORIA, Sacerdote

79. — Al salir de la Cárcel Modelo, en donde estuvo encerrado con los otros salesianos ocho días, se refugió en diversos hogares de amigos, pero temeroso de comprometerlos, decidió finalmente trasladarse al próximo pueblo de Bonrepós, en donde vivía un hermano suyo. Al atravesar el Turia fué reconocido por un miliciano, y detenido, le condujeron al Colegio Salesiano, ya convertido en Cuartel de Milicias, en donde se había instalado un Comité de barriada, que se encargó del preso, el cual, por ser Vicario de la iglesia de la barriada y por consiguiente muy conocido, era asimismo odiado por los enemigos de Dios, quienes desahogaron en él sus fieros instintos.

80. — Un testigo presencial afirma que le vió en una de las celdas de castigo tendido en un rincón, desangrándose por varias heridas que presentaba en diversas partes del cuerpo. Las heridas eran recientes, pues la sangre no había perdido aún su color rojo. He aquí las palabras del testigo, capitán de Intendencia, don José Soto:

"El día 9 de agosto de 1936 fuí detenido y conducido a la checka que los co-

munistas habían establecido en el Colegio Salesiano de la calle de Sagunto. Mi interrogatorio y los preparativos del mismo duraron desde las 11 hasta las 21 del mismo día. Terminado, fuí conducido a una habitación irregular existente en el pasillo de la planta principal, que comunicaba la casa nueva con la iglesia. Tenía ventanas a la calle. En la habitación había otras seis personas detenidas. Dos de ellas se me dieron a conocer. Mis nervios estaban destrozados por lo cruel del interrogatorio. Para serenarme un poco, paseaba a grandes pasos sobre la diagonal del cuarto. En uno de los rincones, en mangas de camisa, encogido sobre sí mismo y echado en un jergón, había un hombre desconocido para mí, como lo eran los otros. De pronto se levantó y vino a mi encuentro, interrumpiendo mis pasos.

—Hijo mío —me dijo—. Al principio me asusté al verle entrar; pero ahora ya sé quién es usted. Yo soy un Padre salesiano de este colegio, y estoy rezando el Santo Rosario por su intención.

—Muchas gracias, Padre —le repuse—. No olvido que no se mueve una hoja del árbol sin que Dios quiera. Hágase su santa voluntad.

—¡Cuánto me alegra el oírle hablar así!... Mire... mire... (Y al decir esto me mostraba sus muñecas ensangrentadas, su cuello también sangriento y parte de su vientre con grandes heridas sanguinolentas.) Aquí, y aquí, y aquí... pusieron sus cuchillos hasta hacer manar sangre. Yo pensaba: Un segundo más y estoy con Dios... Pero no empujaron bastante... y aquí estoy todavía, hasta que Él quiera...

Besé su mano y me bendijo...

Poco después me volvieron a llamar para nuevos interrogatorios. Cuando volví ya se habían llevado al Padre Martorell. Seguramente lo asesinarían, como hacían con todos los que caían en sus manos."

No ha sido posible llevar más adelante las averiguaciones y no conocemos el paradero de sus sagrados despojos.

Rvdo. don JOSÉ OTÍN AQUILUÉ, Sacerdote

81. — Al estallar el Movimiento se encontraba en el Colegio de Alcoy. Cuando a finales de julio se rindió el Ejército que guarnecía la plaza, las turbas asaltaron el Colegio, obligando a los salesianos a abandonarlo. Don José, en compañía de otros dos salesianos, fué conducido al Hotel España, sede del Comité, en donde les tomaron la filiación y quedaron detenidos, pero al día siguiente les autorizaron a marchar a donde quisieran. Don José, junto con don Vicente Asensi, se trasladaron a Valencia, en donde este último tenía familiares, y en casa de uno de éstos pasaron los primeros meses del Movimiento.

Pero la familia de don Vicente, tachada de derechista, tuvo que soportar los registros de las patrullas y la detención de algunos de sus miembros, por lo que don José, a fin de no comprometerlos más de lo que ya estaban, marchó a una fonda de la calle Don Juan de Austria, en donde se aposentó y adonde recibía de vez en cuando la visita de don Vicente Asensi.

A finales de noviembre fué detenido don Vicente y cuando se encontró libre se apresuró a visitar a don José, pero al llegar a la fonda y preguntar por él, la fondista le contestó: "Era un fascista. Se pasaba las horas rezando el rosario. Por eso una patrulla de la FAI se lo llevó."

Don Vicente logró averiguar que la vida de don José en la fonda era sospechosa para todos. Apenas salía de su cuarto, en donde pasaba largas horas rezando. Para no estar ocioso, se ofreció a limpiar los platos y hacer otros trabajos caseros. Esto fué lo que hizo entrar en sospechas a un hijo de la fondista, que era rojo declarado y que fué quien seguramente le denunció a la patrulla. Era a finales de noviembre cuando se lo llevaron. Nada más se supo de él. Seguramente le fusilarían, aunque no se saben las circunstancias de su muerte.

A finales de 1937 un hermano, ya difunto, acompañado de un cuñado, que era guardia civil, fué a Valencia para investigar el paradero de don José; pero a pesar de hacer muchísimas pesquisas no pudieron averiguar nada.

Don JAIME BUCH CANALS, Coadjutor

82. — En mayo de 1931, a raíz de la proclamación de la República y del incendio y saqueo de su Colegio de Alicante, ya hubo de padecer los malos tratos de los incendiarios, que le golpearon hasta hacerle sangre. Luego pasó varios días en la Comisaría y más tarde, en la cárcel de Alicante. Eran las primicias de su futuro martirio.

Al estallar el Movimiento se encontraba en Valencia, y juntamente con los otros salesianos, fué conducido a la cárcel, de donde salió la mañana del 29 de julio, en compañía del Rvdo. Padre Feliciano Unzu, a quien se ofreció a acompañar para buscarle refugio, ya que dicho Padre, por ser forastero, no conocía a nadie en la ciudad. Después de recorrer varias casas, en busca de hospitalidad y no encontrándola por diversas causas, tuvieron que pasar la noche en la clínica de un médico, que les ofreció aquel providencial asilo por una noche.

Al día siguiente, 30, don Jaime, apenas se despertaron, salió a buscar algo que comer, mientras de paso procuraría a su compañero una documentación que le permitiera transitar libremente por las calles. Se llevó a este fin la cédula personal de don Feliciano.

No se sabe lo que sucedió. Debieron detenerle, pues era muy conocido en Valencia. Y ya sea por saber su condición de salesiano, ya por haberle encontrado la documentación de don Feliciano, en que constaba su condición de sacerdote, lo cierto es que aquella noche era asesinado en el Saler, y su cadáver, después de ser levantado por el juez de aquella demarcación, fué mandado inhumar en el cementerio municipal, en donde existe una partida fechada el día 3 de agosto que dice así: Feliciano Unzu Irizarri, procedente del camino del Saler. Murió el 31 de julio, a las 7 horas. Inhumado por orden del Juez Municipal n.º 4.

Se explica esta confusión de nombres, por haber encontrado sobre el cadáver de don Jaime Buch la documentación de don Feliciano. Aclarado este extremo ante el Juzgado Municipal n.º 4 de Valencia, se logró localizar el lugar en que está enterrado en dicho cementerio, de modo que se puede contar con que algún día podrán ser reconocidos sus restos.

Rvdo. don ALVARO SANJUAN CANET, Sacerdote

83. — Se encontraba en Alcoy al iniciarse el Movimiento. Al ser expulsado de su Colegio, se fué a refugiarse en el domicilio de sus padres, que vivían en el

próximo pueblo de Cocentaina. En la misma casa, aunque en diferente piso, vivía el cura del pueblo, que se hallaba asimismo escondido. Los días 21 y 22 de julio, aprovechando la quietud de la madrugada, pudieron ambos celebrar la Santa Misa en la iglesia del pueblo; pero este mismo día el Comité mandó cerrar y sellar las puertas del templo, sin permitir que se consumiesen las sagradas Formas.

Don Alvaro no podía descansar un momento pensando que la Sagrada Eucaristía podía ser profanada de un momento a otro y por eso, de acuerdo con el cura, penetró en lo más oscuro de la noche en el templo, por una puertecita trasera, y apoderándose del Sagrado Copón lo trasladó a su casa.

El día 1 de agosto, habiendo fallecido un sobrinito suyo le hizo el entierro con el ceremonial de costumbre, excepto el ir revestido de ornamentos sagrados. Quiere esto decir que, afortunadamente, en aquel pueblecito las cosas no llegaban a grandes extremos, por lo que podía salir de casa tranquilamente, vestido de paisano. En compañía del señor Cura hacía las prácticas de piedad, rezando juntos el santo breviario e incluso diciendo la Santa Misa en secreto.

Así transcurrieron dos meses, cuando el 20 de septiembre el Ayuntamiento publicó un bando ordenando a todos los forasteros que se presentasen a las autoridades en el plazo de ocho días. Don Alvaro, para evitar disgustos a sus ancianos padres, determinó presentarse. El día 26, mientras su madre estaba ausente, se detuvo un coche frente a la casa, del que se apearon tres individuos, los cuales, penetrando en el domicilio de don Alvaro, le detuvieron y le conminaron a que les siguiese. Mientras tanto, su madre había vuelto a casa, y al ver a su hijo en manos de los patrulleros, cayó desvanecida. Don Alvaro, a fuerza de caricias, la hizo volver en sí. El espectáculo era conmovedor, todos lloraban. Hasta los patrulleros se encontraban conmovidos y uno de ellos le dijo:

—Este es vuestro amor a los padres. No servís más que para hacerlos sufrir.

Mientras tanto, el anciano padre, en un rincón, sollozaba sin proferir palabra. Finalmente, los milicianos, arrancando violentamente al hijo de los brazos de su madre, le obligaron a partir. Entregó a sus padres los objetos piadosos que llevaba encima, y después de abrazarlos, salió con sus verdugos. La emoción del momento hizo que la madre volviese a caer sin sentido. Y el padre quedó ciego.

84. — Conducido a Alcoy, don Alvaro fué encerrado en el convento de las Esclavas, convertido en cárcel. Su hermana, dejando a sus padres en manos de otros familiares, acudió a ayudar al hermano en peligro. Durante cinco días anduvo de un lado a otro, engañada por los milicianos que no querían descubrirle el paradero de don Alvaro. Cuando finalmente, pudo localizarle. Se apresuró a llevarle algo de ropa y de comida, y al devolverle la cestita, don Alvaro le puso una nota en que le rogaba que no se preocupase por él, sino por sus afligidos padres. Por su parte, su cuñado, que tenía amistades en el seno del Comité, fué a ver a uno de sus amigos para interceder por el preso, asegurándole que don Alvaro era un hombre completamente inofensivo, que había pasado su vida entregado a la educación de la juventud obrera. Pero sin dejarle terminar le interrumpió su interlocutor: “Mira, es inútil. *No matamos a tu cuñado. Matamos a la sotana. Si fuera un simple paisano, con gusto haría lo que me pides; pero tratándose de un cura, no puedo hacer nada, pues nuestro lema es: Sotana que pillamos, sotana que matamos.*”

Así, con estas frases crudas, pero reveladoras y transparentes, se declaraba

el verdadero motivo de la muerte de don Alvaro. No eran cuestiones políticas ni divergencias de ideas, era únicamente el odio satánico al sacerdote, al ministro de Dios.

El día 1 de octubre pudieron al fin entrevistarse los dos hermanos. Custodiado por dos de sus guardianes salió don Alvaro de su calabozo para hablar con su hermana. Después de abrazarse, lo primero que preguntó don Alvaro fué por la salud de sus padres, renovando a su hermana la recomendación de que cuidara de ellos, pues él no necesitaba nada.

Al anochecer su hermana le llevó unos libros y la cestita con la cena. Al día siguiente volvió con otra cestita con la comida, pero le dijeron que su hermano "ya nõ necesitaba nada, pues le habían trasladado a Alicante". Ella, adivinando la tragedia, les suplicó que le dijeran toda la verdad, pero no quisieron decirle nada más. Entonces, bañada en lágrimas, les suplicó que al menos le dijeran la carretera en donde le habían matado, para rescatar el cadáver; pero se mantuvieron irreductibles. Su esposo fué a entrevistarse con su amigo del Comité, el cual le dijo que todo era inútil. Don Alvaro no estaba en Alicante. Don Alvaro ya estaba muerto.

85. — Así era, en efecto. La noche anterior, pocas horas después del coloquio con su hermana, a quien aseguraron que marchara tranquila, pues nada malo había de sucederle a su hermano, fué éste sacado de la cárcel, y junto con otro joven a quien arrancaron de la cama del hospital, le metieron en un coche y partieron. Al día siguiente, 2 de octubre, sus cuerpos, acribillados a balazos, aparecieron en la cuneta de la carretera entre Fuente la Higuera y Yecla, en el término judicial de Villena. El juez de esta ciudad, avisado por un transeúnte, se personó en el lugar de la tragedia y procedió al levantamiento de los cadáveres y luego a la autopsia de los mismos, enterrándolos a continuación en el cementerio de Villena.

Los familiares no se enteraron de nada. Por una providencial casualidad un amigo, al leer el Boletín Oficial de la Provincia, un mes más tarde, encontró la sucinta reseña del episodio. Avisó en seguida al cuñado de don Alvaro, el cual se apresuró a trasladarse a Villena, en donde pudo identificar los vestidos del mártir, que le mostró el juez, y luego el lugar de su sepultura. Al triunfar el Alzamiento, fueron exhumados dichos restos y trasladados con toda pompa y solemnidad al panteón que su pueblo natal ha levantado a los que murieron por Dios y por España.

Don PEDRO MESONERO RODRÍGUEZ, Clérigo trienal

86. — Encerrado con los demás salesianos que se hallaban en Valencia haciendo los Ejercicios Espirituales, pasó en la cárcel la semana del 21 al 29 de julio. Al salir se ofreció a guiar a un sacerdote, don Fidel Martín, que era forastero y desconocía la ciudad, a fin de buscarle un refugio seguro. Se dirigieron ambos a un pueblecito próximo a Valencia, Meliana, en donde don Pedro confiaba en el seguro hospedaje de varios alumnos suyos, que le apreciaban mucho, lo mismo que sus familiares. Tal vez no se percatase lo suficiente de la gravedad de las circunstancias, por lo que se dejaba ver más de lo conveniente, por lo que el dueño de la casa en que se hospedaban fué conminado por las autoridades rojas a que expulsase de ella a sus huéspedes. Don Toribio Zamit, su generoso huésped,

les comunicó la orden del Comité y entonces don Pedro llevó a su compañero a Torrente, en donde esperaba encontrar otro refugio seguro.

Però la Providencia, en sus inescrutables designios, hizo que allí quedara don Fidel y don Pedro determinase volver a un pueblecito próximo a Meliana, Almácer, en donde encontró generosa hospitalidad en casa de otro alumno. Allí pasó algunos días, hasta que descubierto por los milicianos de Meliana, fué detenido y conducido a Torrente, sin duda con el propósito de que declarase el paradero de su compañero, que ignoraba por completo. Los milicianos, al ver que no podían conseguir la otra víctima, se ensañaron con don Pedro, a quien llevaron a un lugar llamado el Vedat de Torrente, y allí le dieron muerte. El alcalde de Meliana, que era uno de los ejecutores del asesinato, al volver al pueblo, encontrándose casualmente con don Toribio, le dijo con retintín:

—Aquellos frailes ya no te molestarán más, porque acabo de darles lo suyo en el Vedat de Torrente.

Y al decir esto acariciaba la culata de su pistola.

Los sagrados despojos del Siervo de Dios fueron inhumados en el cementerio de Torrente y han podido ser localizados, gracias al registro de entradas que se conserva.

B) LOS MARTIRES DE BARCELONA

Rvdo. don FRANCISCO BANDRÉS SANCHEZ, Sacerdote

87. — Como Director de la Casa de Sarriá, estuvo hasta el último instante dirigiendo la evacuación del personal salesiano, expulsado del Colegio al ser incautado por el Gobierno de la Generalidad. Cuando ya no pudo hacer nada más, después de haber provisto a los religiosos de lo indispensable para pasar algún tiempo en refugios seguros, él a su vez se dirigió al domicilio de su hermana Pilar. Al día siguiente se presentó en dicho domicilio el Rvdo. Padre Celedonio Macías, y como no tenía lugar donde esconderse, don Francisco le invitó a que se quedase con él, y de esta manera ambos podían consolarse con la mutua compañía y la práctica en común de las devociones de Regla. Durante algún tiempo recibía en su domicilio a los salesianos que acudían a visitarle, a pedirle ayuda o consejo. Por las tardes solía reunirse con los Rvdos. Padres Massana y Cambó, para estudiar la situación y tomar decisiones pertinentes.

Al leer en la prensa del 28 de julio los primeros asesinatos de salesianos, los amigos le suplicaron se escondiese para evitar la captura, por lo que se refugió en el domicilio del excelente Cooperador Salesiano don Luis Postigo. Los rojos, que se habían adueñado del Colegio, iban en busca de ciertos datos que les interesaban; a este fin iniciaron la búsqueda de los Superiores de Sarriá, por lo que un grupo de amigos pensaron que lo más prudente era facilitarles la salida para Italia, a fin de que no cayeran en manos de los asesinos. Don Ramón Cambó y don J. Massana lograron salir de España sin mayores dificultades, pero don Francisco, a causa de pequeños incidentes, hubo de demorar su partida por llegarle el pasaporte minutos después de la salida del tren, cuando ya se hallaba en la estación. Aquella noche, que él creía la última que pasaría en España, decidió pernoctar en el domicilio de su hermana Pilar. Y precisamente aquella noche fué cuando una patrulla se presentó en el domicilio de doña

Pilar, buscando a don Ramón Cambó, pero se encontraron con don Francisco, a quien detuvieron al conocer su identidad, echándole en cara que desde el Colegio habían disparado contra el pueblo. Don Francisco rechazó indignado la mentirosa imputación, asegurando, como Director del Colegio, que en él no había arma ninguna; pero a pesar de todo, unió de los milicianos resolvió que lo mejor sería llevarle a declarar estos extremos.

Al llevárselo prohibieron a los de casa que se asomasen al balcón, para ver a dónde o quién le conducía, y de esta manera desapareció, sin que se haya logrado averiguar su paradero ni las circunstancias de su muerte. Doña Pilar, que no se resignaba a la inactividad, suplicó a un miliciano que se había mostrado más comprensivo, que averiguase algo acerca de su hermano. Este miliciano nada pudo conseguir, y volvió para decir a doña Pilar que García Oliver, a quien había acudido, le dijo que no hiciera nada por don Francisco, pues resultaría inútil y peligroso. Que ni muerto ni vivo le habían de encontrar.

Rvdo. don SERGIO CID PAZO, Sacerdote

88. — Al dejar el Colegio se refugió en casa de unos amigos, en donde estuvo escondido hasta finales de mes. Su hermano, don Luis Cid, refiere: “Según noticias llegadas hasta mí, don Sergio fué detenido en un tranvía, y después de declarar su condición de sacerdote salesiano, fué conducido en un coche por la carretera de Sarriá hasta las inmediaciones del funicular de Vallvidrera, en donde tuvo lugar su muerte.”

Por su parte, el Hermano coadjutor don Absalón Cuevas, refiere: “Que uno de los primeros días de agosto, yendo en uno de los tranvías de Sarriá a Barcelona, al llegar a las inmediaciones del Hospital Clínico oyó una conversación en la cual se decía que pocos días antes, en aquel mismo lugar, habían arrojado del tranvía en marcha a un sacerdote bajito, con gafas, por ir rezando el Rosario que llevaba en el bolsillo. Una de las mujeres que tomaba parte en la conversación añadió que dicho sacerdote pertenecía a un colegio donde enseñaban oficios, y que ella le había visto algunas veces acompañando a un grupo de niños cuando salían de paseo.”

El mismo señor Cuevas añade: “A últimos de abril de 1937 me encontraba en el Hospital Militar de Lérida, en donde, pasados los primeros meses de peligro y desorientación, había conseguido una plaza como Administrador. El ordenanza de mi oficina me anunció que una señora deseaba hablarme. La hice pasar y me quedé muy intrigado cuando comprendí que aquella señora conocía mi condición de religioso, pero ella se apresuró a tranquilizarme diciendo:

—No tema, que no le voy a delatar. Yo los conozco a ustedes y los aprecio. Si usted necesita alguna cosa, puede contar conmigo, pero le recomiendo que extreme sus precauciones, pues le rodean muchos peligros.

Y a continuación, mostrándome un crucifijo que llevaba oculto en el pecho, me dijo:

—Este crucifijo perteneció a un mártir salesiano. Se llamaba don Sergio y era del Colegio de Sarriá. Lo conservo como recuerdo de un milagro.

Repuesto ya del susto recibido, se lo pedí, pero no quiso desprenderse de él. Le rogué me diera algunos detalles más, pero fuimos interrumpidos en nuestra conversación por la llegada de otra persona y ya no volví a ver a aquella se-

flora. Me quedó muy grabado este episodio, porque confirmaba la fama de santidad de que gozaba don Sergio.”

El cadáver del Siervo de Dios ingresó en el Hospital Clínico el día 30 de julio, a las cinco de la tarde. Su ficha da los siguientes datos: Presenta heridas de arma de fuego en la cabeza y abdomen. Hemorragia interna traumática. Sus restos no han sido localizados.

Rvdo. don JOSÉ BATALLA PERRAMON, Sacerdote
Don JOSÉ RABASA BENTANACHS, Coadjutor

89. — Estos dos religiosos permanecieron en Sarriá entregados voluntariamente al cuidado de los heridos que allí habían sido trasladados durante los primeros días de la Revolución, pero con el correr de los días su situación se hacía cada vez más peligrosa, pues los milicianos los amenazaban continuamente con la muerte. Por este motivo determinaron abandonar el Colegio antes de que fuera demasiado tarde.

Los dos, sin más que lo puesto y con unas pocas pesetas en el bolsillo, se lanzaron a lo desconocido, sin saber adonde dirigirse, para no comprometer a los amigos que los albergaban. Por este motivo pasaron algunas noches durmiendo sobre los bancos de los jardines públicos de la Ciudadela y alimentándose con un poco de pan y algo de fiambre que compraban en las tiendas. Finalmente, un excelente Antiguo Alumno que los encontró se ofreció a ayudarles, y por aquella noche les buscó acomodo en casa de otro Antiguo Alumno, mientras iniciaba los trabajos para procurarles un pasaporte con que salir del infierno rojo.

Algo animados con estas perspectivas, don José Batalla fué a buscar unos parientes que vivían en el Guinardó, los cuales acogieron en su humilde morada a los dos salesianos durante algunos días, mientras se agenciaban los billetes y pasaportes. Ya en vísperas de partir, y como no tenían ropa para cambiarse, decidieron volver al Colegio de Sarriá, esperando encontrar oportunidad para hacerse con lo indispensable, pero reconocidos por los milicianos, fueron detenidos y sin otro justificante que su condición de religiosos, fueron inicualemente asesinados el día 4 de agosto.

90. — Sus cadáveres ingresaron en el Hospital Clínico a las seis de la tarde y sus fichas respectivas decían:

4144. José Batalla Perramón. Ingresó el día 4 a las 18. Presenta heridas de armas de fuego en tórax y cabeza. Contusiones en el maxilar inferior: Shock traumático.

4145. Un hombre de unos sesenta años. Viste pantalón negro y guardapolvo caki. Iniciales en el pañuelo: D. Batalla. ídem en los calzoncillos. Úlceras varicosas antiguas en ambas piernas. Presenta heridas de arma de fuego en tórax y cortantes en cuello y cabeza. Diagnóstico: Hemorragia externa traumática.

Rvdo. don JOSÉ BONET NADAL, Sacerdote

91. — Al abandonar su Colegio de la calle Rocafort, don José se acogió a la hospitalidad de la gran Cooperadora Salesiana doña Trinidad Puigcarnau, que vivía en la misma calle, y a donde llegó acompañado de un Antiguo Alumno,

don Mario Cormand. El martes, día 21, a instancias suyas, pudo celebrar la Santa Misa en el cercano convento de las Hermanitas de los Pobres, que aún no habían abandonado su residencia. Fué su última Misa y la celebró con grandísima devoción.

Los días siguientes, no pudiendo celebrar el Santo Sacrificio, lo rezaba en su misalito, en presencia del personal de la casa. Y el resto del día lo pasaba entregado a sus prácticas de piedad, especialmente en el rezo del santo breviario. Las horas que le dejaban libres sus devociones, las empleaba en ordenar el fichero de sus bienhechores y sus notas de trabajo. Uno de aquellos días se presentó en casa una señorita, Antigua Alumna, que se ofreció a proporcionar a don José un pasaporte a fin de que saliera de España. Don José, juzgando que pronto pasaría la tormenta, no quiso aceptar. Escribió a su hermana, que vivía en Santa María de Claravalls, pidiéndole le acogiera en su casa, pero al contestarle que allí había más peligro que en Barcelona, don José se resignó a la voluntad de Dios.

92. — El día 13 de agosto, a eso del mediodía, mientras don José se hallaba entregado a sus ocupaciones, llamaron a la puerta. Doña Trinidad abrió y se encontró con un grupo de milicianos.

—¿Quién vive en esta casa? —preguntaron.

—Pues estamos yo, mi hija y un pariente.

—¿Y dónde está ese pariente?

—José —dijo la señora—. Sal, que preguntan por ti.

Don José se presentó, saludando a los milicianos.

—¿Quién es usted? —le preguntaron al verle.

—Soy un Padre salesiano. Como ustedes me han quemado mi casa, he tenido que venir a refugiarme aquí.

Y mientras esto decía, les presentaba su cédula personal, en la que constaba su condición de sacerdote. No otra cosa buscaban aquellos desalmados. Ya tenían con quien cebarse. Inmediatamente le sometieron a un cacheo tan minucioso como irreverente. Desabrocháronle la camisa, le encontraron sobre el pecho un crucifijo, que le arrancaron violentamente mientras uno de los milicianos exclamaba: "Esto nos servirá de metralla."

Mientras tanto Amparo, la hija de la dueña, ignorante de lo que pasaba, entraba en el piso. Un miliciano la detuvo.

—¿A dónde va usted?

—Voy a mi casa.

—¿Y quién es usted?

—Soy la hija de la dueña.

—Pues vaya con cuidado, porque acabamos de coger a un cura.

La joven entró, encontrando toda la casa revuelta, pues los milicianos, en su minucioso registro, lo rompían y destrozaban todo, después de apoderarse de las cosas de valor, dinero y alhajas.

Don José la miró tristemente, y como considerándose culpable de todos aquellos destrozos, le dijo compungido:

—Ya ves, ya ves...

Después de un minucioso registro, volvieron a interrogar a don José, preguntándole acerca de sus actividades.

—Yo —repuso— me dedico a pedir limosna a los ricos para mantener a los niños pobres.

Ni esta noble respuesta los conmovió.

—Este señor —dijeron— ha de venir con nosotros.

—Pero ya son las cinco de la tarde. Aun no hemos comido —dijo doña Trinidad—. Déjenle comer un bocado, que el pobre está desmayado.

No le hicieron caso.

—Al menos —insistió doña Trinidad— díganme a dónde se lo llevan.

—No se preocupe —le contestaron—. Dentro de media hora estará de vuelta. Y si no, ya le diremos dónde se encuentra.

Y así diciendo, empezaron a salir. Entonces doña Trinidad y su hija se arrojaron y besándole la mano le pidieron la bendición. Don José les bendijo, y despidiéndose, elevó los ojos al cielo diciendo:

—Adiós, ya está todo listo.

En la esquina de la calle esperaba un auto, en donde subieron los milicianos con su presa, partiendo velozmente. Luego ya no se supo nada más. Al día siguiente apareció en el Hospital Clínico el cadáver de don José y en el registro de ingreso existe la ficha siguiente:

4269. Día 14 de agosto. A las cinco de la mañana ingresa José Bonet Nadal, procedente del Morrot. Presenta heridas contusas en la cabeza. Destrozo de la misma. Heridas de arma de fuego en tórax y abdomen. Diagnóstico: Shock traumático.

El cadáver no ha podido ser identificado.

Rvdo. don JAIME BONET NADAL, Sacerdote

93. — Al abandonar el Colegio el día 19 de julio, don Jaime se acogió a la hospitalidad de don Angel Ricote, Antiguo Alumno del Colegio. A los pocos días, como por aquellos lugares abundaban los niños alumnos del mismo Colegio, y se sabía que don Jaime estaba escondido en casa del señor Ricote, empezaron los vecinos a murmurar y a comentar su presencia, de tal modo que era cada vez más comprometida su estancia en aquel refugio, que de un momento a otro podía ser descubierto por los milicianos, con el consiguiente perjuicio para todos.

Por este motivo, el día 27 se trasladó a casa de un pariente lejano que vivía en la calle Gamper, pero no paró mucho tiempo en este segundo refugio, pues considerando que tal vez en su pueblo hubiera más tranquilidad y seguridad, decidió trasladarse junto a sus familiares en Santa María de Montmagastrell. Se procuró la documentación necesaria y se dispuso a trasladarse a su pueblo, pero en la estación del Norte fué detenido como sospechoso y trasladado a la Jefatura de Policía, en donde, afortunadamente, prestaban todavía servicio algunos agentes de derecha, los cuales se apresuraban a dejar en libertad a los sacerdotes y religiosos detenidos, aprovechando las circunstancias más favorables.

Una vez en libertad, don Jaime volvió a casa de sus parientes, pero difundiéndose pronto la noticia de que por aquellos parajes había un cura escondido, intentó de nuevo probar fortuna y esta vez logró llegar sin dificultades hasta su pueblo. Contra lo que esperaba, también en aquellas lejanas aldeas se cometían atropellos y asesinatos, por lo que tuvo que esconderse inmediatamente, pasando las noches en un silo o depósito de alfalfa seca, en las afueras del

pueblo. Allí la soledad, el calor sofocante, los insectos y sobre todo la convicción de que estaría más seguro en Barcelona, le hicieron concebir el propósito de volver a la capital, en donde su presencia sería menos notada. A este fin sus familiares le procuraron un salvoconducto, firmado por el Comité del pueblo, y con él en la mano, creyéndose seguro, se dirigió a Tárrega para tomar el tren de Barcelona.

Ya se hallaba en la taquilla para tomar su billete, cuando fué detenido por una patrulla, la cual, al ver que venía de Montmagastrell, le condujo de nuevo a su pueblo. Después de un detenido interrogatorio, en el que los del pueblo le defendieron, los de Tárrega fingieron quedar satisfechos y le dijeron que a la mañana siguiente se presentara en el Comité de dicha localidad, en donde le proveerían del oportuno salvoconducto, a fin de que pudiera continuar su viaje a Barcelona.

Contento don Jaime por lo bien que parecían salirle las cosas, al día siguiente, muy confiado, se presentó al Comité de Tárrega; pero como todo había sido un lazo hábilmente preparado, le detuvieron, y al día siguiente, 16 de agosto, le condujeron a las afueras del pueblo, en donde le asesinaron.

Rvdo. don JULIO JUNYER PADERN, Sacerdote

94. — Obligado a abandonar su Colegio, como consecuencia del triunfo rojo en Gerona, don Julio se refugió en casa de sus padres, en donde estuvo hasta octubre de 1937, pero deseando hacerse útil a sus Hermanos y a los fieles en general, se trasladó a Gerona, en donde se dedicó a la enseñanza, dando clases en una academia particular para ganarse el necesario sustento y al mismo tiempo aprovechaba la ocasión para ejercer el sagrado ministerio entre los salesianos dispersos y los numerosos fieles que acudían a él para recibir los Sacramentos de la Iglesia.

Por aquel tiempo el religioso salesiano don Gaspar Mestre había iniciado una intensa actividad para que pasaran la frontera, huyendo del infierno rojo, aquellos religiosos jóvenes que se encontraban en peligro de perder su vocación, con el fin de continuar sus estudios en las Casas de la zona nacional. En algunas de estas expediciones tomaban parte también otras personas, y don Julio se prestaba, como era su deber sacerdotal, a administrarles los sacramentos de la Confesión y Comunión antes de emprender la peligrosa jornada, ya que la aventura era siempre peligrosa y a menudo de fatales e irreparables consecuencias.

La última de estas expediciones, de la que formaban parte varios salesianos y otros jóvenes e iba capitaneada por el ingeniero don Daniel Hernández Prieta, fué descubierta por la policía roja cuando se hallaba cerca de la frontera, y detenidos varios de los que la componían, fueron procesados por supuesto delito de espionaje y alta traición. Como quiera que a pesar de todos sus esfuerzos no pudieron conseguir capturar a don Gaspar Mestre, toda la responsabilidad del supuesto delito recayó sobre don Julio Junyer, el cual se había limitado a administrar a los expedicionarios los sacramentos de la Confesión y Comunión.

95. — Por este motivo fué detenido y conducido con los demás a Barcelona, en donde se los sometió a un proceso por el supuesto delito de espionaje y alta traición. La vista del mismo tuvo lugar el 23 de marzo de 1938, y como consecuencia del juicio oral, don Julio fué condenado a muerte, juntamente con el

dicho ingeniero y otros dos encartados. El abogado defensor, como sucedía por aquellas fechas, por no comprometerse, apenas hizo nada en favor de sus clientes, que en realidad quedaban desamparados ante un tribunal formado por sus mismos enemigos.

Don Julio, estando en la cárcel, repetía a los que iban a verle: "No temo la muerte, pero quiero que conste que si muero es sólo por ser sacerdote y no por haber cometido ningún delito de espionaje, como se me atribuye." Ésta era su preocupación, que no se confundiera su muerte con la de un patriota más; él quería que su muerte presentara ante sus Hermanos su verdadero aspecto de una muerte por Dios, recibida tan sólo por ser su ministro y en odio al sacerdote. Sólo así aceptaba de buena gana el sacrificio que el Señor le pedía.

Durante el tiempo que permaneció en la Cárcel Modelo fué siempre el sacerdote ejemplar y piadoso, que sabía hacerse querer y respetar de todos. Su vida era una continua preparación para la muerte, a cuyo pensamiento se había acostumbrado. No la temía, antes bien, la veía llegar con fiado y sereno.

El Rvdo. Padre Viñas, Superior de los Salesianos en la zona roja, puso en juego todas las influencias posibles para obtener el indulto. Incluso apeló a la intervención directa del ministro Irujo, pero a pesar de que éste hizo lo posible para conseguir la mitigación de la sentencia, nada se pudo obtener y en la mañana del 26 de abril de 1938 don Julio era fusilado en los fosos del castillo de Montjuich. Con él murieron también otros dos condenados, hombre y mujer, a quienes don Julio casó poco antes de morir.

Una vez ejecutado, la señora Borri reclamó su cadáver, que fué enterrado en un nicho del Cementerio del Este, y pasado el tiempo reglamentario, fué trasladado al panteón de los Salesianos en el Cementerio de Sarriá.

Rvdo. don JOSÉ CASTELL CAMPS, Sacerdote

96. — Después de abandonar el Tibidabo el día 22 de julio de 1936, don José Castell intentó conseguir autorización en el Consulado italiano para embarcar en alguno de los barcos que transportaban a los súbditos de aquella nacionalidad. Al no conseguirlo, buscó refugio en Barcelona, en casa de unos conocidos, en donde pasó varios días, en los que con frecuencia se relacionaba con otros salesianos.

El día 28 fué en compañía de don Antonio Mateo a visitar a los hermanos Baraut. Sólo encontró a don Pablo, porque don Luis había marchado a su pueblo aquella misma mañana. Salieron juntos a hacer unas diligencias y don Pablo les contó durante el camino lo sucedido el día anterior a don José Caselles, a quien habían detenido y se carecía en absoluto de noticias.

Por la noche de este mismo día, 28, estaba don Pablo a punto de sentarse a la mesa para cenar, cuando llamaron furiosamente a la puerta del piso. Al abrir aparecieron dos milicianos, pistola en mano; uno de ellos, encarándose con don Pablo, le preguntó:

— ¿Es usted don Pablo Baraut?

Don Pablo les mostró su documentación y logró despistarlos; pero como no estaban del todo convencidos, uno de ellos mandó subir "al otro"... Y ese otro era don José Castell, a quien pocas horas antes había acompañado en su paseo. Los carearon y don José Castell, a las preguntas de los milicianos, respondió:

—Ya os he dicho que sólo hablaré delante de los jueces responsables. Llevadme allá.

Era ésta la respuesta más adecuada para irritar a aquellos desalmados, que no reconocían otra autoridad que la suya, por lo que uno de ellos, dando un fuerte puñetazo en la mesa, exclamó:

—Aquí no hay más autoridad que la mía. Ya está usted delante de sus jueces. Lo que yo determine, se ejecutará sin remisión. Aquí mando yo.

Esta escena violenta impresionó sobremanera a los presentes, sobre todo a la sirvinta, la cual, no pudiendo contenerse, lanzó un agudo chillido y cayó desmayada al suelo. Mientras aquellas fieras, algo amansadas, acudían a levantar del suelo a la pobre mujer, don José, aprovechando un instante en que no era vigilado, se acercó a don Pablo y le dijo en voz baja: “La absolución.” Se la dieron mutuamente y en el mismo instante, volviendo los milicianos, y señalando a don José, dijeron:

—Éste al auto. Y se lo llevaron.

¿Qué fué de él? Se ignora a dónde le condujeron, pero debieron de fusilarle aquella misma noche, ya que su cadáver ingresó en el Clínico a las cinco de la mañana del día siguiente. Su ficha nos da los siguientes detalles:

4054. José Castell Camps. Un hombre, ingresado el día 29 a las 5 horas. Presenta heridas de arma de fuego en la cabeza. Diagnóstico: Hemorragia cerebral traumática.

Rvdo. don JOSÉ CASELLES MONCHO, Sacerdote

97. — Después del saqueo e incendio del Templo del Tibidabo, don José se mantuvo en una de las torres de las cercanías atendiendo a los niños refugiados en ellas. El día 24 de julio bajó a Barcelona acompañando al anciano sacerdote don Mayorino Olivazzo, que debía embarcar para su patria. Después de despedir en la Estación Marítima a don Mayorino y a don Ernesto Miglietti, su Director, fué a pasar la noche en casa de don Pablo Baraut, quien le había invitado, ya que era demasiado tarde para volver al Tibidabo.

Al día siguiente, festividad de Santiago, decidieron ambos salesianos volver al Tibidabo para ponerse de acuerdo con don Luis Cid acerca de la manera de evacuar a los niños que aun quedaban allá arriba. Pasaron la noche en una de las torres de la Colonia. El domingo, 26, apenas se hizo de día, fueron al Sanatorio de Nueva Belén, en donde pudieron todavía celebrar la Santa Misa, la última que don José debía celebrar. Después de desayunar, bajaron a Sarriá, deteniéndose unos momentos en el Colegio para conversar con los salesianos que aún quedaban allí cuidando a los niños. El resto del día lo dedicaron a gestionar la adquisición de los salvoconductos para los niños del Templo que debían marchar a sus casas, ya que se anunciaba la próxima reanudación de los servicios ferroviarios.

Por la tarde del lunes don José volvió al Templo y don Luis Cid le aconsejó que aprovechara la ocasión de acompañar a los niños para marchar a su pueblo y ponerse en seguridad. Don José se resistía a marchar a su casa. Le parecía, en cierto modo, desertar de su puesto y manifestó a don Luis que estaba dispuesto a arrostrar cualquier peligro, ya que había ofrecido su vida en sacrificio al Sagrado Corazón de Jesús. Pero convencido al fin de que debía acompañar a

aquellos niños, obedeció las órdenes del Superior. Aprovechó la ocasión para confesarse devotamente y luego, acompañando a tres niños que debían salir hacia Tarragona, emprendió la vuelta a Barcelona. Eran las siete de la tarde. El tren salía a las diez.

Como tenía tiempo suficiente, determinó pasar antes por la casa de don Pablo a fin de avisarle que no le esperasen a cenar y darle al mismo tiempo cuenta de sus planes. Mientras tanto, los niños habían quedado en el portal. Pero un amigo de la dueña de la casa, que estaba asomado al balcón, vió como unos milicianos se llevaban a los muchachos y se apresuró a comunicarlo a don José, el cual, despidiéndose rápidamente, se apresuró a bajar para ir en busca de sus niños. Mientras corría tras ellos vió cómo los milicianos dejaban en libertad a dos de los niños y se llevaban al tercero, ya mayorcito. Al emparejar con los dos muchachos libres, don José les encargó subieran al Tibidabo a dar cuenta a don Luis de lo sucedido, mientras él seguía al detenido. Los milicianos penetraron en uno de los Comités de barriada, con la intención, seguramente, de interrogar al niño, y don José quedó por los alrededores, esperando los acontecimientos. Pero su presencia debió de despertar las sospechas de alguno y fué detenido.

Seguramente debieron de someterle a tormentos para que declarase el paradero de los otros salesianos, como lo confirma la ficha del ingreso de su cadáver en el Clínico. Dice así:

4011. Día 27 de julio. A las 24 horas ingresa el cadáver de José Caselles. Contusión craneal, con pérdida de masa cerebral. Diagnóstico: Shock traumático.

Nos inclina a creer lo del tormento la declaración de estos mismos milicianos, que al día siguiente, en el domicilio de don Pablo, cuando llevaban detenido a don José Castell, y refiriéndose a don José Caselles, dijeron estas palabras: "Ayer cogimos a uno que marchaba a Valencia. No sabía nada de nada. Pero ya no lo volverán a ver."

Seguramente su heroica negativa en delatar a otros Hermanos, determinó que le golpearan tan ferozmente la cabeza, que se la destrozaron, haciendo salir parte del cerebro.

Don ANGEL RAMOS VELAZQUEZ, Coadjutor

98. — Al salir de Sarriá, expulsado con los otros salesianos, se acogió por algún tiempo en una pensión modesta, en compañía de un sobrino suyo. A primeros de septiembre, considerando que la persecución cedía un tanto, llevó a su sobrino a la Casa de San Vicente dels Horts, en donde todavía se encontraba un reducido grupo de aspirantes, dirigidos por algunos salesianos. Y don Ángel se buscó una pensión más modesta, en donde pasaba su tiempo entregado a sus prácticas de piedad y procurando ayudar a los salesianos dispersos, con quienes se encontraba de vez en cuando para entregarles las modestas sumas que necesitaban para su manutención.

Su don de gentes y la natural simpatía que emanaba de su persona hizo que en la pensión, frecuentada por personas de diversas ideologías, fuera respetado de todos y considerado como el mejor consejero y el árbitro en las pequeñas querellas que se producían. Él se valía de este ascendiente para conseguir un trato especial, que consistía en que le sirvieran en su cuarto la comida, a

fin de no verse mezclado en conversaciones desagradables e impropias para un religioso. Con relativa frecuencia don Luis Postigo le invitaba a su mesa, especialmente los días festivos y entonces le entregaba las cantidades que los Superiores le habían confiado para atender a los salesianos dispersos y necesitados.

El segundo domingo de octubre fué invitado a comer a casa del señor Postigo. Y aquel mismo día una patrulla fué a buscarle a la pensión. Como la dueña no pudo manifestar el paradero de don Ángel, le estuvieron esperando todo el día, hasta que al caer de la tarde don Ángel volvió a su residencia habitual. Los milicianos iban dirigidos por un jovencuelo, ex alumno de Sarriá, que había sido expulsado del Colegio por su mala conducta, el cual, habiéndose encontrado con el señor Ramos, le siguió sigilosamente hasta enterarse de su paradero, a fin de denunciarle a los esbirros rojos.

Éstos habían ya registrado el cuartito de don Ángel, apoderándose de sus efectos personales y habían dado orden a la patrona de que cuando llamase le dejase entrar sin denunciar su presencia. Cuando llegó a casa el señor Ramos, la patrona, que fué a abrir, no pudo menos de exclamar angustiada:

—¡Ah, don Ángel!...

Inmediatamente los milicianos le detuvieron y el delator, acercándose, dijo:

—Sí, éste es don Ángel Ramos. Es un fraile de Sarriá. Le conozco bien.

El señor Ramos le reconoció a su vez y le dijo con dulzura:

—¿Y qué mal te he hecho yo para que me denuncies?

—Usted, ninguno —respondió—. Pero otros de la Casa de Sarriá, sí. Y usted lo va a pagar por todos.

Don Ángel se vió perdido, pero aun en aquellos momentos de angustia su corazón generoso se sobrepuso a todo otro sentimiento y dirigiéndose al mozalbete le dijo:

—Hijo, que Dios te perdone el mal que me haces, como yo te perdono.

Entonces los milicianos, a pesar de los ruegos y protestas de todos los de la fonda, se lo llevaron en el coche que tenían preparado. Ya no se supo nada más. Fueron inútiles las pesquisas realizadas.

Cuando algunos días después el señor Postigo, extrañado porque el señor Ramos no había acudido a la cita que le había dado para el jueves, fué a buscarle a la pensión, la dueña de la misma le refirió todo lo sucedido.

Seguramente le asesinarían aquella misma noche, como solían hacer en casos semejantes.

Don FÉLIX VIVET TRABAL, Estudiante de Teología

99. — Al abandonar el Colegio de Sarriá, el clérigo Félix Vivet fué a vivir con sus padres al próximo pueblecito de Esplugas. Con frecuencia se reunía con algunos compañeros para oír la Santa Misa y recibir los Sacramentos de mano de algún sacerdote salesiano escondido. En casa pasaba la mayor parte del tiempo rezando sus oraciones y el Santo Rosario.

El día 22 de agosto, estando Félix ausente, unos milicianos se presentaron en su domicilio y procedieron a un minucioso registro, encontrando unos rosarios de Félix, escondidos en su colchón. Se llevaron detenidos al padre y al hermano mayor de Félix, dejando encargado a la madre que cuando éste vol-

viese se presentase a ellos. Cuando Félix retornó a su domicilio y se enteró de la detención de su padre y hermano, quiso ir a hacerles compañía a pesar de las súplicas de su madre, que intentaba disuadirle.

Al presentarse a los del Comité, los tres fueron detenidos en su propio domicilio de Collblanch, pero al fin los autorizaron para marcharse de nuevo a su casa de Esplugas. Tomaron el autobús, pero juntamente con ellos subieron al mismo vehículo unos individuos sospechosos que no les quitaban la vista de encima. Al llegar a Esplugas se encerraron en casa y los individuos mencionados, después de despejar la calle de amigos y curiosos, penetraron también, y después de mandar que no asiesen de casa, se marcharon.

El 25, martes, por la tarde, un coche se detuvo frente a la casa. Se apeó un grupo de milicianos armados, entre los cuales estaban los tres de que se ha hecho referencia. Penetraron en casa y llamando a los tres hombres les ordenaron que los siguiesen. La madre quería incorporarse al grupo, pero uno de los milicianos le dijo con sequedad:

—A ti no te conviene la muerte por ahora.

Y diciendo esto la arrancaron de brazos de su esposo e hijos y haciendo subir a los hombres al coche emprendieron la marcha. La madre los seguía a pie, gritando que quería morir con ellos y Félix, al arrancar el coche, le dijo:

—Adiós, madre, hasta el Cielo.

El coche siguió la carretera de Collblanch y al llegar a cierto paraje, en las proximidades de Pedralbes, los verdugos obligaron a sus víctimas a descender del coche. Ya en tierra, se abrazaron los tres estrechamente, y así abrazados, recibieron la descarga fatal.

Sus cadáveres, abandonados en la cuneta, aún permanecían abrazados cuando una furgoneta los recogió al día siguiente para trasladarlos al Hospital Clínico, en donde ingresaron a las diez de la noche.

La ficha de ingreso de Félix dice así:

4505. Un hombre, procedente de Pedralbes, de unos treinta y cinco años, talla regular, bien constituido, pantalón marrón, jersey blanco. Presenta heridas por arma de fuego en cráneo y cara, con fractura del maxilar interior. Diagnóstico: Hemorragia cerebral traumática.

Sus cadáveres, localizados por la desolada madre tras varios días de intensa búsqueda, fueron inhumados por ella en el Cementerio de Sans, en donde reposan actualmente.

Don MIGUEL DOMINGO CENDRA, Estudiante de Teología

100. — Al ser expulsado de Sarriá permaneció unos días refugiado en una casa amiga, hasta que el 10 de agosto decidió ir al pueblo de Caseras, en donde vivían sus padres. El día 11, encontrándose ya próximo al final de su viaje, al pasar por Arenys de Lladó, pueblo de su padre, fué conocido y detenido por el Comité de aquella localidad. Después de un breve interrogatorio y al ser conocida su condición de religioso salesiano le condujeron a Caseras, adonde llegó a las diez de la noche. Una providencial casualidad hizo que pudiera cambiar unas breves palabras con su padre, a quien comunicó su convencimiento de que ya no se volverían a ver más en la tierra.

Trasladado al Ayuntamiento, le sometieron a un interrogatorio, terminado

el cual le volvieron a conducir a Arenys, en donde le encerraron en un calabozo, manteniéndole incomunicado hasta las nueve de la mañana siguiente. A esta hora en otro coche le condujeron a Horta de San Juan, en donde le tuvieron encerrado hasta la tarde. Cuando empezaba a oscurecer le sacaron de allí diciéndole que le iban a trasladar a Barcelona; pero al llegar a un lugar solitario, en las proximidades de Prat de Compte, le hicieron descender del vehículo y le dispararon sus armas por la espalda, dejándole moribundo.

Como aquel lugar es muy abrupto, al caer se precipitó por un despeñadero, quedando suspendido de un arbusto, hacia la mitad del abismo. Los asesinos le arrastraron hasta el fondo y una vez allí le remataron ferozmente.

Tres días después, el 15 de agosto, los mismos verdugos volvieron para quemar el cadáver y después de rociarlo con gasolina, le prendieron fuego, como solían hacer en casos semejantes. Pero a pesar de sus esfuerzos, el fuego no prendía, y para cerciorarse de si era causa de ello la mala calidad de la gasolina, empaparon en ella una prenda de uno de ellos, que ardió al instante. Volvieron a intentar de nuevo, pero no consiguieron que el cuerpo del mártir ardiera, por lo que decidieron enterrarle en un hoyo. Mas al día siguiente el cadáver —según manifiesta la madre del mártir— volvía a estar encima de su tumba, hecho que se repitió otras tres veces, hasta que finalmente lo cubrieron con un montón de piedras. Y allí quedaron los sagrados restos hasta que, terminada la guerra, pudo ser rescatado el cadáver y enterrado decorosamente en el modesto panteón erigido en Caseras a las víctimas del odio marxista.

Don FELIPE HERNANDEZ MARTINEZ, Estudiante de Teología
Don ZACARIAS ABADIA BUESA, Clérigo trienal
Don JAIME ORTIZ ALZUETA, Coadjutor

101. — Don Felipe Hernández y don Jaime Ortiz lograron encontrar un refugio provisional, cuando fueron expulsados de Sarriá, en la pensión de doña Aurelia Vives, en donde permanecieron hasta el día 27 de julio. Rezaban en común sus oraciones y hacían las demás prácticas de piedad, y en los ratos libres salían para procurarse un pasaporte a fin de salir de la España roja, mas no lo consiguieron. Durante este tiempo se mantenían en contacto con otros salesianos y buscaban la manera de poder recibir los Santos Sacramentos, invitando a algún sacerdote a que fuera con ellos a su pensión.

El día 25, festividad de Santiago y onomástica de don Jaime, habiendo éste podido localizar a su hermana Sor Mercedes, religiosa Sierva de María, tuvo el consuelo de poder confesarse y comulgar, con lo que quedó muy contento, esperando poder repetir estas prácticas de piedad.

El día 27 por la tarde, mientras doña Aurelia se encontraba ausente, se presentaron ante la casa unos milicianos montados en una camioneta, y después de dejar a uno de guardia en el portal, con la orden de dejar entrar a todos, pero no dejar salir a nadie, subieron otros dos al piso de doña Aurelia, en donde sorprendieron a los dos religiosos, y comenzaron un minucioso registro de sus maletas. Sin detenerse en abrirlas, las rompieron a culatazos, desparramando su contenido por el suelo. En esto entró doña Aurelia, y los milicianos, encarándose con ella, le dijeron:

—Usted esconde en su casa a dos fascistas peligrosos.

Mientras estaban dedicados a esta tarea, llaman a la puerta. Era don Zacarías, acompañado de un alumno mecánico de Sarriá, llamado Mariano Laborda, que venían a saludar a sus amigos y compañeros. Don Zacarías había salido aquella misma mañana de los calabozos de Jefatura, en donde había pasado toda la semana anterior, en compañía de su hermano don Federico, detenidos al salir de Sarriá. Encontrándose casualmente con Laborda, éste le indicó el domicilio de los dos salesianos, y habían decidido ir a saludarlos. Al penetrar en el portal, nadie los avisó del peligro, y al llamar a la puerta del piso, se encontraron con las caras patibularias de los milicianos, que les hicieron pasar, después de obligarlos a levantar las manos.

Los tres religiosos confesaron su condición de tales y ya estaba terminando el interrogatorio, cuando de una de las salas interiores salió un señor de cierta edad, corpulento, que quiso intervenir para que dejaran en paz a los tres jóvenes. Era un Padre del Inmaculado Corazón de María, llamado Cándido Casals. Su intervención no condujo a otro resultado que a su inmediata detención; y contentos los milicianos con llevarse cuatro víctimas, cuando sólo habían ido a buscar dos, los hicieron bajar a la calle, en donde los obligaron a subir a la camioneta que los esperaba.

102. — Subieron, pues, y ya en marcha, don Zacarías insistió cerca de los milicianos en que dejaran en libertad al joven Laborda, ya que no era religioso, sino un simple alumno del Colegio de Sarriá y que no tenía nada que ver con ellos. Los milicianos le ordenaron que se achase al suelo, y sin aminorar la marcha tuvo que hacerlo el pobre joven, que se produjo en la caída algunas lesiones, afortunadamente leves.

No se sabe a dónde condujeron a sus víctimas los milicianos. Lo cierto es que por los datos de sus fichas de ingreso en el Clínico, se echa de ver que fueron torturados, ya que sin presentar heridas de armas de fuego, todos presentan heridas contusas en el cráneo con salida de la masa encefálica. He aquí la copia de dichas fichas:

4026. (Don Jaime Ortiz): un hombre de unos treinta años, vestido negro a rayas blancas, iniciales J. M. (Jaime Manahen): Contusión craneal con salida de la masa encefálica.

4027. (D. Cándido Casals.)

4028. (Zacarías Abadía): Un hombre de unos cuarenta y cinco años. Viste pantalón negro, lleva en la ropa la inscripción S. Zacarías. Presenta aplastamiento de la cabeza con salida de la masa encefálica y erosiones en los brazos producidas, al parecer, por arrastramiento. Diagnóstico: Shock traumático.

4029. (Felipe Hernández): Un hombre de unos treinta años, vestido completamente negro, alpargatas blancas. Presenta diversas heridas en el occipital. Diagnóstico: Hemorragia interna traumática.

Los cadáveres, localizados después de la guerra, reposan en la fosa común del Cementerio de San Andrés, según consta en los registros del cementerio, y ha sido imposible exhumarlos por haberlos enterrado con una gruesa capa de cal viva y hallarse confundidos entre otros muchos, enterrados en la misma ocasión.

Don ANTONIO BERTRAN FONT, Coadjutor

103. — Las noticias acerca de su muerte son escasas. Fué el suyo uno de esos casos ordinarios, en aquellos días, en que una patrulla de incontrolados, sin otra ley que su capricho, detenían a una persona y sin más averiguaciones, al cerciorarse de que pertenecía a una Congregación religiosa, le asesinaban fríamente.

Don Antonio iba algunas veces a San Vicente dels Horts a visitar a los salesianos y niños allí refugiados. Un día, de vuelta de una de esas excursiones, fué detenido y asesinado, sin que se hayan podido encontrar más detalles.

Don GIL RODICIO RODICIO, Coadjutor

104. — Al ser expulsado de Sarriá aceptó la hospitalidad que le brindaba el excelente Antiguo Alumno Alberto Llor, el cual vivía en las proximidades del mismo Colegio. Allí pasaba las horas, sin apenas salir de casa, entregado a sus devociones, que edificaban a la familia que le hospedaba. Al saber que en casa de don Erasmo de Imbert se hallaba refugiado un sacerdote salesiano que celebraba la Santa Misa, acudía siempre que le era posible a ayudarla y a oírla con la mayor devoción, recibiendo asimismo los Sacramentos con edificante piedad.

El día 4 de agosto, estando solo en casa de sus bienhechores, se presentó una patrulla de milicianos, a eso de las diez de la noche. Don Gil abrió la puerta sin sospechar la extraña visita. Al darse cuenta de que venían en su busca dijo:

—A mí podéis prenderme y hacer lo que queráis; pero de aquí no toquéis nada ni hagáis daño a nadie, pues ellos no tienen nada que ver conmigo.

A pesar de ello, los milicianos no desaprovecharon la oportunidad de saquear y robar cuanto pudieron y a continuación se llevaron detenido a don Gil Rodicio, y metiéndole en un coche, se lo llevaron, al parecer, a un edificio de la Plaza de Palacio, sin que se volviera a saber nada de él ni de las circunstancias de su martirio. A pesar de que el señor Llor fué varias veces al Clínico a ver si encontraba su cadáver, no pudo conseguirlo.

Don JAVIER BORDAS PIFERRER, Estudiante de Filosofía

105. — Había llegado de Roma en vísperas del Alzamiento y se dirigió a Sarriá para ponerse a las órdenes de los Superiores, mientras dirigía un telegrama a sus padres, residentes en San Pol, anunciándoles su llegada. Al ser interrumpidas las comunicaciones, como consecuencia de la Revolución y no poder ir a casa de sus padres, se hospedó en el domicilio de unos buenos amigos de su familia, los señores Campón. Pasó en este lugar algunos días, esperando se normalizasen las cosas para poder ir a su casa, y el día 23, por la tarde, decidió salir para echar una ojeada a la torre que sus familiares tienen en la barriada de Horta, llamada Casa de la Fusta. Era su intención, si veía que era factible, ofrecerla como refugio a algunos de los salesianos que se hallaban sin saber a dónde dirigirse.

Ya no se volvió a tener noticia de Javier. Parece que el hijo del colono le denunció a los rojos, los cuales se apoderaron del joven clérigo y allí mismo, en aquellas cercanías, que solían ser uno de los lugares preferidos para sus sangrientas ejecuciones, le asesinaron por su condición de religioso, ya que al morir llevaba encima su pasaporte, en donde se expresaba su condición de religioso salesiano.

El señor Campón, impaciente por no verle llegar, no sabía qué hacer, pero como era ya de noche y no era posible transitar por aquellos lugares tan peligrosos, aplazó sus pesquisas hasta la mañana del 24, en que se dirigió a la Casa de la Fusta, en donde el colono dijo que no había visto a Javier. En vista de ello, volvió a casa y durante varios días acudía al Clínico para ver si podía identificar, entre los numerosos cadáveres, al de su querido amigo. Finalmente, el día 29 apareció su ficha expuesta en el Clínico.

La ficha de ingreso está redactada en los siguientes términos:

3912. Ingresó el 24, a las doce, un hombre de unos veinticinco años, pantalón oscuro, americana clara. Lleva lentes. Presenta heridas de arma de fuego en el tórax y cabeza. Diagnóstico: Hemorragia interna traumática.

Don ELISEO GARCÍA GARCÍA, Coadjutor
Don ALEJANDRO PLANAS SAURÍ, familiar

106. — Cuando los Superiores de San Vicente dels Horts hubieron de abandonar el Seminario, quedaron algunos salesianos jóvenes al cuidado del grupo de alumnos, que por ser de la zona nacional, no podían volver a sus casas. Entre ellos se contaban el señor Eliseo García y don Alejandro Planas, que por su prestigio, su prudencia y su ascendiente entre la población, era el más indicado en aquellos momentos para quedar al frente de la reducida comunidad.

Durante algunos meses fueron capeando el temporal, a fuerza de prudencia y sumisión a los mandatos del Comité local. Pero a mediados de noviembre dicho Comité obligó a desalojar el colegio a fin de dedicarlo a grupo escolar y residencia de refugiados. Al señor Eliseo, que era joven, le propusieron, junto con otros salesianos, que se enrolaran voluntariamente en el ejército rojo, a lo que se opusieron rotundamente. Fueron llevados al Cuartel de Pedralbes, pero al fin lograron escabullirse. El señor Planas quedó en la Casa, que como era el que mejor la conocía, su presencia era indispensable para los nuevos ocupantes.

El día 19 de noviembre el señor Eliseo decidió hacer una visita a su amado Colegio, para entrevistarse con el señor Planas y tomar algunas medidas oportunas. Esta visita fué la ocasión que andaba buscando el Comité para desembarazarse de ambos. Eran los días de la muerte de Durruti y del asedio de Madrid, y los rojos se hallaban muy excitados. Por eso se valieron de ese fútil pretexto para acusarlos de conspiradores y llevarlos detenidos en un coche hacia las costas de Garraf, en donde fueron asesinados, sin que se hayan podido conocer más detalles de su martirio ni se hayan podido rescatar sus sagrados despojos.

C) LAS HIJAS DE MARIA AUXILIADORA

SOR CARMEN MORENO BENTEZ SOR AMPARO CARBONELL MUÑOZ

107. — A poco de estallar el Movimiento, las Religiosas de Sarriá se vieron obligadas a abandonar su amado colegio y refugiarse en el domicilio de sus familiares.

Las que no tenían familia en Barcelona o en sus cercanías aceptaron la hospitalidad que generosamente les ofreció un señor alemán que vivía en una finca contigua al colegio, y allí se trasladaron, bajo la amorosa dirección de Sor Carmen Moreno, que en aquellos angustiosos momentos supo ponerse a la altura de su misión de Madre, animando, consolando y dirigiendo a su querida Comunidad.

Ante una imagen de Jesús Crucificado, que habían sacado de la capilla, organizó los turnos de oración y desagravio, a fin de que el Señor se compadeciese de la Patria ensangrentada y de la Religión perseguida.

Transcurrieron lentamente los días, entre angustias y sobresaltos, hasta el 6 de agosto, víspera del día en que habían de embarcarse para Italia las cincuenta y cinco Hermanas que habían podido ser localizadas y avisadas.

Cuando ya parecía segura la salvación, el Señor quiso imponer a sus Religiosas un duro sacrificio. En efecto, una de las Religiosas, Sor Carmen Xamar, Economa Inspectorial, se encontraba recién operada en una clínica vecina. Era necesario que se quedase alguna Hermana a su cuidado, para atenderla en aquellos momentos en que, a los dolores de la enfermedad, se añadía la angustia por lo desconocido y el peligro de caer en manos de los rojos.

108. — La señora Directora no sabía qué partido tomar, puesto que no quería privar a ninguna de sus Hermanas del derecho de refugiarse en el seguro asilo de Italia, para donde iban a embarcar dentro de breves horas.

Pero en aquellos momentos angustiosos la sacó de su dolorosa incertidumbre la abnegación y generosidad de dos Religiosas, que se ofrecieron espontáneamente a quedarse al cuidado de la enferma, a sabiendas del peligro a que se exponían. Fueron estas dos heroínas de la caridad Sor Carmen Moreno y Sor Amparo Carbonell.

Con lágrimas en los ojos se despidieron las Hermanas que iban a la salvación, mientras que las dos que se quedaban en el infierno rojo encontraban en el amor a Cristo Jesús la fuerza para el enorme sacrificio que acababan de realizar.

El día 12 de agosto, restablecida la enferma, las tres Religiosas se unieron para vivir la vida de Comunidad, dentro de lo que las circunstancias permitían en aquellos aciagos días. En la finca del señor Jarh esperaban, entregadas a la oración, la ocasión oportuna para embarcar para Italia y unirse a las demás Hermanas en Turín.

Pero a medida que transcurrían los días se iba haciendo más difícil la salida de España, pese a los esfuerzos realizados por numerosos y buenos amigos. Cada día se disipaba una esperanza...

Pero el Señor no quiso dejar abandonadas a sus fieles siervas, y permitió que un anciano sacerdote jesuita se presentara un día en el domicilio de las Religiosas, y después de darse a conocer, les manifestó que les traía el consuelo

de la Sagrada Comunión. Las oyó en confesión, y al retirarse, les dejó algunas Sagradas Formas, que partidas en fragmentos, sirvieron para que en días sucesivos pudieran recibir el consuelo que proporciona la Sagrada Eucaristía.

Era el 29 de agosto. Con aquellas partículas pudieron comulgar los dos días siguientes.

109. — En la noche del 1 de septiembre una patrulla de milicianos, enterados de que en aquella casa se escondían unas monjas, decidieron detenerlas.

Después de registrar minuciosamente durante dos horas toda la casa se las llevaron detenidas a dos Comités distintos, el uno situado en la Bonanova y el otro en la Vía Layetana.

Se ignoran los detalles del interrogatorio y martirio de las dos Hermanas que sufrieron la muerte.

Tan sólo la anciana religiosa, Sor Carmen Xammar, que pudo salvarse de la tragedia, dejó al llegar a Turín el 12 de septiembre un relato del interrogatorio a que fué sometida. Presentada ante el tribunal popular le preguntaron:

—¿Profesa usted una religión que llaman Católica?

—Sí, señor, Católica, Apostólica y Romana.

—¿Es usted Religiosa?

—Sí, señor.

—¿Adoratriz?

—No señor, Salesiana.

—¿Conoce usted los Mandamientos de la Ley de Dios?

—Perfectamente.

—Uno de ellos dice: No mentirás. Luego, ¿dirá usted la verdad de todo?

—Sí, señor.

Y a este preámbulo siguió una serie de preguntas relacionadas con su empleo, cargos desempeñados, residencias en donde había desplegado sus actividades y otras preguntas más o menos impertinentes a las que la buena religiosa supo contestar con desenvoltura y hasta con el peculiar gracejo que le era propio, con lo que tal vez se ganara la simpatía de sus jueces y los convenciera de que no era ningún peligro para el régimen...

Puesta en libertad, después de dos días de detención, los milicianos la entregaron a su propia familia. A pesar de su reciente enfermedad y de las emociones consiguientes a su detención, la animosa y ejemplar religiosa reanudó inmediatamente sus gestiones para salir de España. A este fin inscribió su nombre y el de sus dos compañeras —cuya suerte ignoraba— en una expedición formada por un millar de religiosas de distintas comunidades, que salió de Barcelona el 10 de septiembre con rumbo a Italia.

Esta expedición fué la última y tal vez la más peligrosa, pues los milicianos, pesarosos de que se les escapasen tantas víctimas, se negaban a dejarlas salir, amenazando incluso con hundir el barco; mas afortunadamente éste pudo zarpar el día fijado y Sor Carmen Xammar llegaba a Turín el 12 de septiembre.

110. — Las otras dos Hermanas, según testimonio de Sor Carmen Xammar, previeron desde un principio las malas intenciones de sus verdugos, por lo que no cesaron de rezar y de prepararse a la muerte, aun en medio del horror que, naturalmente, les producía.

La madrugada del 6 de septiembre fueron sacadas de su encierro y conducidas al Hipódromo y recibieron, por medio de unos disparos a quemarropa, la doble y gloriosa corona de la virginidad y del martirio.

El mismo día, a la una de la tarde, sus cadáveres ingresaban en el depósito del Hospital Clínico, en donde sacaron las fotos de los mismos y redactaron las fichas correspondientes, que nos dan los detalles de su muerte.

4676. Una mujer: Procede del Hipódromo. Talla alta, de unos cincuenta años, gruesa, vestida de negro. Ropas marcadas: S(or) Moreno C(armen). Presenta una herida de arma de fuego con orificio de entrada en la región temporal izquierda y salida por el temporal derecho. Diagnóstico: Hemorragia cerebral traumática.

4677. (Sor Amparo Carbonell.) Una mujer, procedente del Hipódromo. De unos cuarenta años. Talla regular. Gruesa. Viste traje claro. Presenta una herida de arma de fuego en la región supraciliar izquierda y otra en el cuello. Diagnóstico. Hemorragia cerebral traumática.

La trágica concisión de estos partes nos da una idea de los últimos momentos de estas dos religiosas, oscuras víctimas entre tantas como fueron inmoladas por el odio satánico de los sin Dios. Oscuras, a los ojos de los hombres, pero no a los ojos de Dios, que aceptó, complacido, su sacrificio y lo premió generoso con la palma del martirio.

CAPÍTULO IV

DE LA FAMA DE MARTIRIO, DE LAS GRACIAS OBTENIDAS Y DE LA RECUPERACIÓN DE LOS RESTOS DE LOS SIERVOS DE DIOS

111. — Comenzando por la suprema autoridad del Pontífice Pío XI, de gloriosa memoria, que, como hemos expuesto en los artículos 63 y otros, considera verdaderos Mártires en el genuino sentido de la palabra a los sacerdotes y religiosos inmolados por Dios durante el dominio rojo, y siguiendo las declaraciones del Episcopado en general y según el común sentir del pueblo español, es unánime la creencia de que nuestros Hermanos muertos por el odio anticristiano de los rojos, son verdaderos Mártires, y como a tales los respetan y veneran, y lo publican en conversaciones y escritos, salvo siempre la suprema decisión de la Iglesia.

Especialmente nuestros Cooperadores y Antiguos Alumnos, que los conocieron y tuvieron ocasión de enterarse de los detalles de su muerte gloriosa, y los actuales alumnos, sus familias y personas amigas que han podido leer las circunstancias de su muerte, aparecidas en diversos libros, revistas y folletos profusamente distribuidos por todos los ámbitos de la nación y aun del extranjero, tienen la convicción de que se trata de verdaderos Mártires por haber sido sacrificados sólo en su condición de religiosos o sacerdotes salesianos.

112. — Por este motivo son muchos los que se encomiendan a su intercesión y manifiestan su gratitud por los favores obtenidos, gracias que se publican regularmente en el Boletín Salesiano y otras revistas y periódicos similares.

113. — Respecto a los restos de los Mártires, aunque eran en general asesinados sin garantía alguna y sin testigos y sus cuerpos anónimamente sepultados luego en la fosa común, sin embargo, ha sido posible recuperar varios de ellos, que se conservan, con la natural veneración, en lugar sagrado.

Actualmente poseemos o hemos localizado, con esperanza de exhumarlos en su día, los siguientes despojos:

En Valencia: Muy Rvdo. don José Calasanz Marqués
Rvdo. don Antonio Martín Hernández
Rvdo. don Recaredo de los Ríos
Rvdo. don Julián Rodríguez
Rvdo. don José Giménez
Don Agustín García

que descansan en el panteón salesiano de Benimaclet (Valencia).



Don Jaime Buch

que reposa en el Cementerio Municipal de Valencia.

Don Alvaro Sanjuán

en el cementerio de Alcocer de Planes (Valencia).

Don Pedro Mesonero

en el cementerio de Torrente (Valencia).

Rvdo. don Jaime Bonet Nadal

en el cementerio de Tárrega (Lérida).

Rvdo. don Julio Junyer Padern

en el panteón salesiano de Sarriá (Barcelona).

Don Félix Vivet Trabal

en el cementerio de Sans (Barcelona).

Don Miguel Domingo Cendra

en el cementerio de Caseras (Tarragona).

Don Jaime Ortiz Alzueta

Don Zacarías Abadía Buesa

Don Felipe Hernández Martínez

en el cementerio de San Andrés (Barcelona).

Mientras esperamos poder localizar aún los restos de otros Mártires, de los restantes, por desgracia, no será posible nunca encontrar sus despojos mortales.

**TUDO LO QUE ANTECEDE PROBARAN TESTIGOS BIEN INFORMADOS,
QUIENES DARAN ADEMÁS LAS FUENTES DE SU INFORMACIÓN.**

**HOS PRO NUNC, SALVO SEMPER IURE ALIOS ARTICULOS EXHIBENDI
SI OPUS FUERIT; NON SE TAMEN ADSTRINGENS AD ONUS SUPER-
FLUAE PROBATIONIS DE QUO ITERUM PROTESTATUR.**

Romae, 24 Aprilis 1953.

**POSTULATOR GENERALIS
Sac. Franciscus Tomasetti, s. D. B.**

1-924